

PUCK

SE DIVIERTÉ

Un libro a settimana



PUCK SE DIVIERTE

Por

LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY, S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS AIRES

Título original danés: PUK HAR DET SJOVT — PUK LEVE L/
ENGE

Traducción: Josefina Dalmau.

Cubierta: Badía Camps.

Ilustraciones: R. Cortiella

DÉCIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 7.393-1988 ISBN 84 310 2143 8



Faltaban todavía ocho días para las vacaciones de otoño. El director Frank, instalado en su espacioso y claro despacho, leía el enorme montón de cartas llegadas en el correo de la mañana.

La mayoría de ellas eran para los alumnos de la escuela, y las dejaba aparte con la intención de dárselas después de las clases. Otras cartas iban destinadas a los profesores y el resto al personal, o al propio director. El señor Frank tomó al azar una de estas últimas y, al leerla, una creciente expresión de sorpresa fue apareciendo en su rostro.

Querido Frank:

Después de mi última visita al pensionado he estado reflexionando acerca de las cosas que os serían de interés. La primera de ellas sería la construcción de una gran piscina moderna, descubierta de momento, pero susceptible de ser cubierta más adelante. Resultaría excelente para las alumnas y alumnos, puesto que, aun cuando nadan en el lago Ege, no es precisamente un sitio ideal.

Durante mi estancia en el pensionado estuve hablando con varios alumnos, en particular con dos simpáticos chicos apodados Alboroto y Cavador (confieso que no recuerdo sus verdaderos nombres) y ellos me hicieron comprender el gran interés que todos sus compañeros y ellos mismos sienten por el deporte. Esto me indujo a ponerme en contacto con un constructor de obras de Copenhague, el cual, sin avisar a nadie, hizo un viaje a Egeborg para inspeccionar los terrenos. No he querido decirte nada de esto hasta ahora, porque no estaba seguro de que el proyecto fuera realizable y no quería correr el riesgo de decepcionaros.

En estos momentos tengo ya los planos en mis manos y sé el precio aproximado de las obras. Es, pues, posible construir una piscina al nordeste de las habitaciones de los profesores, con una instalación de filtros que permitirá usar el agua del lago. Nadie como tú sabe lo mucho que mi padre amaba el pensionado de Egeborg, y debo admitir que, desde mi visita (y no por haber sido nombrado presidente del Consejo), experimentó idénticos sentimientos, ya que el espíritu y los métodos de enseñanza del pensionado me complacieron en gran manera.

Si mi padre viviera, cumpliría 75 años dentro de unos meses, y no veo mejor manera de honrar su memoria que construir esa piscina para el pensionado. Corro con todos los gastos, a fin de que no se deba aumentar la cuota de pensión del alumnado, y los trabajos comenzarán muy pronto. Pongo una única condición: ¡los alumnos de las clases

superiores participarán en los trabajos!

Sé que su rendimiento será mínimo, que se tratará sobre todo de ayudar a los obreros en pequeñas cosas, pero no es una cuestión de economía, sino que lo considero sano (deben aprender a luchar por conseguir algo), que cada uno haga lo que pueda.

Si los muchachos acceden, nos pondremos manos a la obra en seguida. Dame tu opinión a vuelta de correo.

Con mis mejores saludos para tu esposa y para ti,
Erling Holst

P. P.: Naturalmente los alumnos no deben trabajar durante las vacaciones de otoño. Además, supongo que la mayor parte de ellos abandonarán la escuela en esas fechas.

El señor Frank se reclinó en su asiento, vivamente impresionado. ¡Una piscina moderna! Era casi demasiado bello para ser cierto...

La señora Frank, que en aquellos instantes entraba en el despacho, echó una sorprendida mirada a su marido y dijo, preocupada:

— Supongo que no habrás recibido malas noticias...



— ¿Malas? —exclamó él, radiante—. No, todo lo contrario. ¡Toma, lee...!

La esposa del director leyó la carta rápidamente. Su alegría y su sorpresa no fueron menores que las del señor Frank. Emocionada, se sentó en la silla más próxima.

— Parece fantástico —dijo.

Su marido asintió.

— Sí, es sencillamente maravilloso. Esa piscina le costará a Holst una fortuna. No lo comprendo...

— Pues yo sí lo comprendo... —respondió riendo la señora Frank

—. Sin duda, Erling Holst es un idealista; sin duda le gustaron nuestros alumnos; sin duda quiere honrar la memoria de su padre... Pero además hay otra cosa, querido.

— ¿Otra cosa? ¿Cuál?

— Pues... nada menos que Jyette Benedikte Holm.

— ¿Cómo?

Ella sonrió, diciendo:

— Sí, como te digo. Cuando Erling Holst y su abogado estuvieron aquí, tú sólo estabas absorto en el porvenir de la escuela y no te diste cuenta de otras cosas que ocurrían a tu alrededor. Holst y la señorita Holm coincidieron primero en sus gustos literarios, pero no tardaron en descubrirse mutuamente toda suerte de otras afinidades. ¡Y, en mi opinión, formarían una excelente pareja!

Frank permaneció un momento silencioso. Pensaba en la visita de Holst, que había tenido tan penosos comienzos. Durante años, el padre de Erling, un hombre de negocios muy importante de Copenhague, había subvencionado el pensionado. A su muerte, su hijo y heredero, hombre muy culto, pero que nada entendía de negocios, se dejaba guiar por un abogado que estuvo a punto de convencerle de que retirara su subvención, pero las cosas habían cambiado de cariz súbitamente, gracias sobre todo a Puck, Alboroto y Cavador...

¡Sí, era cierto, y también gracias a la amistad nacida entre Erling Holst y la señorita Holm!

La señora Frank sonrió.

— No sé por qué, pero presiento que Erling vendrá con frecuencia a inspeccionar los trabajos... y a saludar a Jyette Holm.

El director inclinó la cabeza, pensativo.

— Seguramente tienes razón, querida.

Descolgó el teléfono y llamó al profesor de gimnasia, que estaba libre en aquellos momentos.

La señora Frank salió del despacho y poco después entraba el señor Stranvold. Era un hombre joven y deportivo, que había cursado sus estudios en la escuela de cultura física del Estado. Excelente profesor, tenía sin embargo un pequeño defecto: su tendencia a juzgar a sus alumnos según sus proezas en el terreno deportivo y gimnástico. De tal suerte que Alboroto, para él, era el

más extraordinario de los alumnos.

El señor Frank le tendió la carta.

— Siéntese, Strandvold, y lea.

El señor Strandvold leyó y sus ojos brillaron de entusiasmo. Dijo:

— Casi me temo estar soñando.

— Me ocurre lo mismo —respondió el director—. Claro que hay que pensar que todo depende de la colaboración de los alumnos...

El rostro del profesor se iluminó.

— Eso no será obstáculo alguno, señor. Le garantizo que cada uno de los muchachos se arremangará con decisión y se pondrá al trabajo.

El señor Frank sonrió.

—El señor Holst no exige, claro está, que los muchachos se cansen demasiado. Quiere sólo que demuestren su buena voluntad. Por otra parte, es preciso que su aportación en las obras no perjudique en nada los estudios. En otras palabras: son las horas de recreo las que deberán dedicar a ello.

— ¡Estarán encantados!

— Sí, esperémoslo así. Esta tarde les convocaremos a Consejo de Alumnos en el refectorio.

Cuando el señor Strandvold hubo partido, el director prosiguió la lectura del correo, pero tenía gran dificultad en concentrarse en lo que decían las cartas. ¡Una sola idea bullía en su cerebro: la piscina!

También Strandvold se sentía excitado. Se precipitó hacia el lugar donde debería ser construida, y con ímpetu juvenil empezó a hacer cálculos y tomar medidas. Clavó una estaca en un ángulo y partiendo de allí empezó a contar pasos en todas direcciones.

De pronto, una voz inquieta le interrumpió:

— ¿Está usted enfermo, Strandvold?

Era la señorita Fagerlund. Estaba dando su corto paseo de cada día y se había quedado atónita ante los extraños pasos del profesor de gimnasia.

— ¿Enfermo? No, claro que no. Estoy tomando medidas, señorita, para hacer construir una piscina.

— ¿Una piscina?

La madura señorita estuvo a punto de desmayarse, ya que acabó de convencerse de que el pobre señor Strandvold había perdido la

razón.

Murmuró:

— Bien, bien... Que se divierta entonces...

Y se precipitó al ala del edificio destinada a los profesores. Al llegar al corredor encontró al profesor de matemáticas Josiassen y le dijo casi sin aliento:

— ¡Ah, Josiassen, el pobre Strandvold se ha vuelto loco!

— ¿Cómo?

— Sí, está tratando de construir una piscina.

— ¿Una piscina?

— Sí, sí... ¿No es horrible?

El profesor de matemáticas miró perplejo a la señorita Fagerlund y se precipitó al exterior, convencido de que la mente de su colega estaba dislocada.

* * *

La impaciencia y la excitación crecieron de hora en hora en el pensionado de Egeborg. El presidente del Consejo de Alumnos, el gordo Svend, había invitado a los muchachos a una reunión para aquella misma tarde.

Las chicas no tardaron en preguntarse por qué ellas habían sido excluidas, pero Svend no soltó palabra, guardando en todo momento un intrigante aire de misterio.

Alboroto se acercó a él.

— Oye, Svend, es indispensable que concedas una entrevista previa a la prensa.

— ¿La prensa? —repitió Svend con dignidad—. ¿Eres tú la prensa?

— Claro... Soy el redactor de la Hoja local.

— ¡Lo que no te da mucho trabajo precisamente! Ese diario ha dejado de salir hace mucho tiempo.

Alboroto pareció enojado.

— De ningún modo. Sólo que únicamente debe aparecer cuando puedan reunirse suficientes noticias interesantes.

Y añadió, astuto:

— He pensado que tal vez en el curso de la reunión de esta tarde surjan noticias interesantes en abundancia.

Svend dijo:

— Puedo garantizarte que no las sabrás hasta que llegue su

momento. ¡No tengo nada más que añadir!

Alboroto comprendió que no había nada que hacer y se alejó con las orejas gachas.



Consultó á su amigo Cavador, quien, al no saber nada tampoco, le dijo:

— Tal vez se trate simplemente de una broma.

— No —gruñó Alboroto—. Conozco a Svend y, cuando adopta esa actitud... Puedo asegurarte que se trata de algo importante.

— ¿Y por qué rehúsan hablar de ello?

— Seguramente no quieren que hagamos conciliábulos antes de la reunión.

Cavador reflexionó unos instantes y después declaró respetuosamente:

— Alboroto, eres un genio, simplemente un genio.

— Sí —reconoció Alboroto con humildad—, ya lo sé. Pero no lo soy lo suficiente como para adivinar de qué se tratará la reunión de esta tarde. De todos modos, me tomaré una pequeña venganza privada.

— ¿Cuál?

— Cualquier proposición que haga Svend en la reunión, tendrá mi voto en contra.

— Y... ¿si propusiera una fiesta? ¿Con pasteles, refrescos, helados...?

Alboroto negó con la cabeza.

— Querido Cavador, cuando se trata de un asunto serio, sé dominar mi inclinación por los helados.

— ¡Hum!

— Sí, ya lo verás. Votaré contra Svend en todas las circunstancias... Y tú harás otro tanto, naturalmente.

— De acuerdo, chico. ¡Votaremos en contra! Así le

demostraremos a ese presuntuoso de Svend que con nosotros no se puede jugar.



En el «Trébol de Cuatro Hojas», sin embargo, sí había conciliábulo. A Puck, Inger, Navio y Merete se habían unido Annelise, Lilian, Lone, Else y algunas más. Charlaban animadamente. Se trataba, claro está, de la reunión de aquella tarde, y se sentían indignadas de que todas las chicas del pensionado hubieran sido excluidas de ella.

— Debe de tratarse de algo formidablemente palpitante — dijo Navio—. Svend es un mal compañero al discriminarnos así.

— ¡Debería darles vergüenza!

— ¡A los chicos les encanta dárselas de misteriosos!

Inger, la razonable, y que hasta entonces había permanecido en silencio, tomó la palabra con calma,

— Conservemos la serenidad, chicas. Tal vez en esa reunión se trate de asuntos que nada tienen que ver con nosotras. Y en este caso es natural que no estemos presentes.

— Inger tiene razón — dijo Puck —. Antes de enojarnos, sepamos de qué se trata.

— De acuerdo, Puck —dijo Merete—. Con un poco de buena voluntad conseguiremos dominar la curiosidad hasta esta noche.

— Será difícil —dijo Navio—. ¡Ya estoy a punto de reventar ahora!

La animada discusión se prolongó un rato más y después cada chiquilla se dirigió a su cuarto, para arreglarse un poco antes de bajar a cenar. La cena tendría lugar media hora antes de lo acostumbrado, debido a la «dichosa» reunión.

Puck se estiró en su litera y cruzó las manos bajo la nuca. A

continuación exclamó divertida:

— Lo mejor que podemos hacer es no hablar más de ello de momento.

— Pero yo pienso... —inició Navio.

Puck la interrumpió:

— Habla si quieres, Navio. Pero de otra cosa.

— Sí —aprobaron Merete e Inger.

Navio hizo una mueca de descontento.

— Ah, siempre os ponéis de acuerdo vosotras tres.

— Sí es cierto. —Y ahora la voz de Puck era grave—. ¿Y no te parece que es formidable estar de acuerdo, Navio?

Navio tomó al vuelo la alusión. No hacía mucho que el «Trébol de Cuatro Hojas» se había visto sacudido por un agitado mar de discusiones, cuando Karen partió de viaje con su madre, y su puesto en la habitación había sido ocupado con Merete Dahl, chiquilla mimada y desdeñosa que había llevado a las otras tres muchachitas al borde de la desesperación. Por suerte, las cosas habían acabado por arreglarse.

Por el momento, nadie tenía queja de Merete, que se mostraba buena compañera, sin presumir nunca de que su padre fuera un científico de fama mundial ni de ser ella misma una alumna excepcionalmente bien dotada. ¡Parecía un milagro aquel cambio!

El señor Dahl se encontraba trabajando para el gobierno canadiense y no regresaría a Dinamarca hasta dentro de un año. Durante este tiempo Merete permanecería en el pensionado de Egeborg. Había decidido estudiar botánica, como su padre, y sus conocimientos en flores eran sorprendentes. Estudiaba constantemente, y al mismo tiempo era buena deportista y una de las más lindas chicas del colegio. Sí, le habían sido concedidos todos los triunfos para sobresalir en este mundo de hoy donde la competencia es tan reñida.

* * *

Cuando se inició la reunión en el refectorio, la impaciencia de los chicos tocaba a sus límites. El director Frank y el profesor Strandvold eran las únicas personas adultas presentes, de modo que los chicos comprendieron en seguida que se trataba de algo relacionado con el deporte.

Alboroto y Cavador se habían instalado al fondo de la sala,

tristes. No habían olvidado su propósito de votar en contra de todo, fuera lo que fuese.

Cuando todo el mundo estuvo reunido e instalado, el director se levantó y se acercó a una mesa que hacía las veces de estrado. Impuso silencio y dijo:

— Sed bien venidos a esta reunión, amigos míos... Hoy tengo una gran sorpresa para vosotros. Pero prefiero que sea el presidente del Consejo quien os lo comunique. Es tu turno, Svend.

— Gracias.

Svend se levantó y, a su vez, se acercó a la mesa. Una cierta agitación invadía la sala, cuando él tomó la campanita



Colocada a su derecha y la agitó imponiendo silencio. A continuación, dijo con gran solemnidad:

□Amigos, como hoy sólo tenemos un asunto que tratar, me parece útil convocar un presidente para los debates. Yo asumo esta responsabilidad. Sólo os pido que os calléis cada vez que yo agite la campanilla.

□¡Bravo! —gritaron los muchachos a coro.

Svend agitó la campanilla.

□Compañeros... Una gran noticia está a punto de seros comunicada. Como ya sabéis, el doctor en Letras Erling Holst preside Consejo de Administración de Egeborg, y se dispone a favorecernos como tiempo atrás hizo su padre.

Un silencio absoluto reinaba ahora en la sala.

Svend se calló unos segundos para aumentar la expectación.

□El doctor Holst—prosiguió luego— acaba de hacer al señor Frank una oferta deslumbrante, que todos vosotros acogeréis con entusiasmo...

□¡Vamos, di de una vez de qué se trata! — gritaron algunas voces, mientras los más impacientes empezaron a repiquetear con los pies.

Svend hizo sonar de nuevo la campanilla.

□ Bien, no quiero teneros más sobre ascuas. El presidente del Consejo, señor Holst, propone construir una piscina en el pensionado de Egeborg... ¡y tal vez pueda estar acabada antes del invierno!

Durante unos segundos reinó un total silencio. Aquella noticia había tenido un efecto casi paralizante. Al cabo, un agudo gritó surgió del fondo de la sala.

□ ¡Bravo, bravo!

Era Alboroto, quien, para dar más énfasis a su entusiasmo, se subió a su silla y siguió gritando:

□ ¡Bravo, bravo, bravo!...

Cavador subió a su silla también y empezó a gritar con su amigo. A continuación, ríos desbordados de entusiasmo surgieron de todas partes, y por mucho que Svend hiciera sonar su campanita, no obtenía ningún resultado.

El director le murmuró al oído:

— Déjales desahogarse un poco, Svend.

— De acuerdo.

El entusiasmo de los chicos era comprensible. Hasta el presente, si querían practicar natación, debían ir al lago Ege. ¡Y ahora les proponían una piscina moderna, con trampolines y todas las demás instalaciones!

Cuando Svend juzgó suficiente el desahogo, agitó de nuevo la campanilla, y cuando consiguió imponer silencio, prosiguió:

— Comprendo vuestro entusiasmo ante una oferta tan sensacional. No obstante, el señor Holst, debéis saberlo, impone una condición: exige que todos colaboremos en la empresa. Naturalmente, no podemos hacer el trabajo de un profesional, pero podemos ayudar a transportar materiales, por ejemplo.

— ¡De acuerdo, de acuerdo! —gritó Alboroto con todas sus fuerzas.

— ¡De acuerdo, de acuerdo!... —le secundaron muchos.

Cuando los ánimos se calmaron, Svend añadió:

— Los trabajos comenzarán dentro de breves días... Pero el señor Holst no exige que trabajemos durante las vacaciones, claro. ¿Alguien quiere decir algo ahora?

— ¡Yo! — gritó Alboroto, que avanzó precipitadamente hacia la

mesa.

— Hugo Svensen tiene la palabra, pues.

Alboroto alzó una mano y gritó con pasión:

Compañeros, desde que estoy en esta escuela jamás había oído nada tan fantástico. Así que, sin un solo fallo, que todos se arremanguen las mangas de la camisa... ¡y a trabajar!

— ¡De acuerdo! — rugieron a coro todos los chicos.

El profesor Strandvold se volvió hacia señor Frank, sonriente.

— Ese Hugo es verdaderamente formidable.

— ¡Hum! — exclamó sonriendo el director . A veces demasiado.

Alboroto proseguía:

— Bien, ya estamos de acuerdo en trabajar pero eso no basta. Las vacaciones de otoño empiezan dentro de ocho días, y una parte de vosotros se irá a pasarlas con papá y mamá. Pero, si buenamente pudierais aplazar la visita para Navidad... ¡Con sinceridad creo que nos hallamos en un momento en que debemos demostrar de qué madera estamos hechos!

Un rugido de satisfacción respondió a sus palabras. Las vacaciones de otoño eran cortas, y mucho menos importantes que las de Navidad. ¡Y puesto que se les presentaba la ocasión de colaborar en algo grandioso!... ¿Acaso no era algo emocionante ver construir una piscina?

Alboroto se derrumbó, agotado, en su silla. Entonces, Svend tomó la palabra:

— La proposición de Hugo me parece razonable. Los que acepten quedarse a trabajar durante las vacaciones que levanten la mano.

Una selva de manos se irguió por encima las cabezas. Sólo algunos que habían prometido ir a ver a sus padres permanecían perplejos.

Svend estaba encantado.

— Constató que la proposición de Hugo tenido mucho éxito. ¿Alguien más pide la palabra?

Caoba gritó con entusiasmo:

— Yo acepto trabajar también en Navidad con la sola condición de poder estar en mi casa en el momento de encender el árbol.

— ¡Yo también!

— Y yo...

Svend impuso silencio de nuevo.

— El señor Holst se sentirá feliz al saber que su propuesta ha sido tan bien acogida. Pero por el momento no hay que hablar de las vacaciones de Navidad. En primer lugar, porque seguramente ya se habrán terminado los trabajos para entonces; y en segundo lugar, para aquellas fechas la tierra estará helada. De todos modos os agradezco vuestro espíritu de colaboración, y en especial la intervención de Alboroto. Ahora tiene la palabra el director.

El señor Frank se levantó y dijo:

— No tengo gran cosa que añadir, amigos. Estoy orgulloso de constatar que la oferta del señor Holst ha sido acogida de esta manera. Esta noche le telefonearé los resultados. Gracias a todos.

Alboroto y Cavador fueron de los últimos en abandonar la sala. Después de caminar un buen rato en silencio, Cavador dijo:

— Alboroto...

— Dime.

— ¿No habías dicho...?

— Ya sé a dónde vas a parar... Hemos olvidado nuestro propósito de votar en contra.

— Sí... Pero era un poco difícil.

— ¿Difícil? —repitió Alboroto—. ¡Quieres decir imposible! ¿Cómo podría alguien votar en contra de la construcción de una piscina?

— Tienes razón.

— Claro que la tengo.

Y ambos chicos subieron a su cuarto. Era preciso preparar la edición especial del diario escolar que había de aparecer al día siguiente.

Alboroto se sentó confortablemente ante la mesita de trabajo, puso los pies encima y dijo:

— Y bien, querido Cavador, ya puedes comenzar a redactar el artículo. ¡Demuéstrame de qué eres capaz como periodista!

— ¿Yo? —balbuceó Cavador—. Ése es tu trabajo, puesto que eres el redactor en jefe del periódico. Has dicho a menudo que yo no entiendo ni jota de redacción.

Alboroto inclinó la cabeza.

— Y sigo pensando así, amigo mío, pero he decidido darte la oportunidad de tu vida.

— ¡Jamás! — exclamó Cavador instalándose en otra silla —. ¡Me declaro en huelga!

Hubo unos segundos de discusión entre ambos muchachos, y por fin Alboroto se declaró vencido. Suspiró, descorazonado:

— Es de esperar que el resto de los periódicos del país no tengan una plantilla de redactores tan inútil como tengo yo.

— Escribe tú el artículo — sugirió Cavador —. Y si tienes problemas con la ortografía, no tienes más que pedirme ayuda.

Con expresión apesadumbrada, Alboroto se inclinó sobre el papel. Empezó a mordisquear el lápiz y al cabo preguntó:

— ¿Cómo se escribe piscina?

— Con una «P» — respondió burlón Cavador.

— Eso ya lo sé, imbécil. Pero ¿va con «c» o «s»?

— ¡Qué pena que un redactor en jefe deba preguntar una cosa así! — suspiró Cavador.

Sin dignarse responder, Alboroto empezó a escribir su artículo. Al acabarlo, lo leyó y quedó satisfecho.

* * *

La impaciente curiosidad había sido satisfecha, pero proseguían las discusiones. El periódico escolar que apareció el día siguiente no hablaba más que de la futura piscina. Hugo Svensen, el redactor en jefe, había escrito el artículo, muy entusiasta, y el director Frank le sonrió cuando el muchacho le entregó el primer ejemplar en su despacho.

— Y bien, Hugo, ¿es una buena noticia la de la piscina?

— ¡La mejor del mundo, señor director!

Apenas Alboroto hubo cerrado la puerta, cuando ya el señor Frank estaba absorto en la lectura del artículo. De vez en cuando sonreía. La ortografía y la puntuación de Hugo hubieran podido ser mejores, sin duda alguna, pero por lo demás se trataba de un artículo lleno de ímpetu deportivo, que agradaría mucho a Erling Holst, cuando lo recibiera en Copenhague.

La víspera había hablado con él por teléfono, y el señor Holst se había sentido muy satisfecho de la acogida que los muchachos habían dispensado a su proyecto. Y había declarado que los trabajos empezarían en seguida.

El director se reclinó en su asiento, satisfecho. Sí, con tales alumnos la vida merecía la pena ser vivida.

Sin embargo, no todo el mundo estaba tan satisfecho. La mayor parte de las jovencitas se sentían decepcionadas. ¿Por qué no tenían ellas el derecho a participar en los trabajos? Era ridículo.

Puck fue al encuentro del presidente del Consejo de Alumnos, pero Svend se limitó a responder:

— Querida Puck, es muy amable de vuestra parte ofrecerlos, pero no debéis olvidar que vuestros deditos femeninos son débiles.



— ¡Tonterías! —dijo Puck—. No se trata, claro, de que carguemos materiales pesados como vosotros, pero sin duda hay algo en lo que podamos ayudar.

Comentó luego el caso con sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas».

— En mi opinión — dijo Navio —, no hay manera de impedir que los chicos nos mantengan apartadas de esto. Pero siempre se puede presentar un imprevisto.

— ¿Qué imprevisto?

— No tengo la menor idea. Pero suceden tantas cosas raras en este mundo. Tú pasarás aquí las vacaciones, Puck, ya lo sé. Pero ¿y las demás?

— Yo también —dijo Merete—. Sí, tengo una gran cantidad de tíos y tías a quienes podría infligir mi presencia... pero prefiero permanecer aquí.

— ¿Y tú, Inger?

Inger titubeó.

— A decir verdad, mis padres en estos momentos están tan ocupados que me aburriría mucho en casa. Así que también prefiero quedarme.

— ¡Bravo! — exclamó Navio —. Por lo tanto seremos cuatro en

inventar algo que resulte formidablemente palpitante.

— ¿Qué? —preguntó sonriente.

Navio hizo un gesto vago.

— Lo ignoro, Puck... Pero nunca lo pasamos mal cuando estamos juntas.

—Es cierto —reconoció Puck—. Y si el tiempo lo permite, siempre podemos ir a Sundkoebing a pasear en barco.



Dos días más tarde, hubo novedades en Egeborg. Enormes camiones llenos de cemento, madera y otros materiales llegaron precedidos de una excavadora «bulldozer». El espectáculo era tan impresionante que el director concedió media hora de permiso a los alumnos para que pudieran seguir los preparativos.

Era evidente que el señor Holst había insistido a fin de que todo se hiciera rápidamente, ya que los días siguientes los ingenieros y contratistas se pusieron al trabajo con ímpetu impresionante.

Y a continuación empezaron los obreros, presididos por el enorme «bulldozer», cuyas mandíbulas se hundían en la tierra. En cuanto finalizaban las clases, los muchachos se precipitaban a la obra. A fin de que pudieran aprovecharse las horas de luz, el estudio se había aplazado para después de la cena. Indudablemente, para los chicos aquello constituía un excelente ejercicio físico al aire libre.

Al llegar las vacaciones de otoño, sólo se fueron dos o tres muchachos y lo hicieron casi con pena.

En cuanto a las muchachitas, descendían a presenciar los trabajos a la menor ocasión, y expresaban su admiración por el enorme «bulldozer», sin poder ocultar, sin embargo, cierto disgusto por no haber sido invitadas a participar en la empresa.

* * *

El martes, el señor Holst llegó de Copenhague. Fue acogido por el director y su esposa, y cuando su chófer dejó las maletas en el vestíbulo, dijo, un poco inquieto:

— Frank..., mi intención es permanecer aquí varios días para ver cómo progresan los trabajos.

El señor Frank afirmó con un gesto:

— Es lo que esperábamos que hicieras, Holst. La habitación de los invitados está preparada. Y es de esperar que te sientas a gusto entre nosotros.

La señora Frank sonrió pensando en que sin duda Jyette Holm contribuiría con su compañía en hacer agradable la estancia de Holst en Egeborg.

Así que dijo, en tono desenvuelto:

— Bien, señor Holst, estamos en plenas vacaciones de otoño, y la mayor parte de las alumnas están en sus casas. Tampoco quedan muchos profesores. Sólo el profesor de gimnasia Stranvold..., la señorita Fagerlund... y la señorita Holm.

— Ejem... ¿La señorita Holm? —preguntó Holst—. ¿Quiere usted decir aquella señora un poco gruesa que conocí en mi anterior visita?

La señora Frank sonrió amablemente:

— No, no... Ésa a que usted se refiere es una capitana de corredor y se ha ido a pasar las vacaciones en casa de una hermana. Los alumnos la llaman la «gran» Holm para diferenciarla de la «pequeña» señorita Holm, que, dicho sea de paso, es mucho más alta que la primera.

El señor Holst tosió un poco.

— Hum... Comprendo... ¿Eso significa que la «pequeña señorita Holm, que en realidad es la alta», se halla en Egeborg en estos momentos?

La señora Frank sonrió inocentemente:

— Sí, en efecto. Jyette Holm se toma su trabajo muy en serio y cada día de vacaciones da charlas de literatura a los alumnos interesados.

— Muy bien, muy bien —contestó Holst con el rostro radiante—. En mi anterior estancia aquí... tuve ocasión de sostener muy interesantes charlas con la señorita Jyette Holm.

— Y seguramente podrá ahora sostener alguna más.

El señor Frank miró con expresión reprobadora a su esposa. Él era un pedagogo notable, pero no sabía nada en materia de psicología sentimental. La señora Frank comprendía en cambio muy bien que cualquier alusión a Jyette Holm resultaba apasionante para Erling Holst.

El director alargó un cigarrillo a su huésped y dijo:

□ Debo reconocer, Holst, que los trabajos van estupendamente. Casi todos los alumnos han preferido pasar aquí las vacaciones para seguir prestando ayuda. Están al pie del cañón de la mañana a la noche.

— Pero, en tal caso — repuso Holst —, no tendrán mucho tiempo para dedicarlo a las charlas literarias de la señorita Holm.

El director esbozó una sonrisa.

— Cierto. Pero son casi siempre las alumnas quienes se interesan por esos temas. Aunque la señorita Holm sabe hacerlos muy interesantes y amenos.

— Sí, lo creo —respondió Erling Holst animadamente—, ya que se trata de una persona encantadora, muy inteligente y excepcional en todos los sentidos... ¿Tal vez la veré a la hora del desayuno?

El señor Frank asintió:

— Sí, pero antes deberíamos dar una ojeada a las obras, ¿no crees?

— Ejem — titubeó Holst —. Si te da lo mismo, prefiero ir después del almuerzo. Tal vez dé un paseo con la señorita Holm..., para hablar de literatura, y de paso veré las obras. Me encantará ver cómo trabajan los muchachos.

Dio una rápida mirada a su reloj.

— ¿No es todavía la hora del almuerzo?

— Pronto será, creo — respondió el señor Frank.

Y esta vez, lo mismo que su esposa unos momentos antes, apenas pudo ocultar una maliciosa sonrisa. El doctor en letras Erling Holst o bien tenía un hambre de lobo o estaba muy impaciente por saludar a la señorita Jyette Holm.

* * *

Puck y sus tres amigas se hallaban sentadas en el «Trébol de Cuatro Hojas». Su humor era excelente, ya que flotaba en el aire un fuerte olor a romanticismo.

— Oh, es palpitante... —dijo Navio—. ¿No os habéis dado cuenta de hasta qué punto la mirada de ese médico está pendiente de la señorita Holm?

Inger repuso riendo:

— Sí, Navio, lo hemos observado. Pero «él» no es médico.

— Entonces ¿por qué le llaman doctor?

— Porque es doctor en letras, una de las carreras más difíciles de la Universidad.

— ¡Oh, debe de ser aburridísimo ser doctor en eso!

— Con seguridad la señorita Holm no es de tu opinión. Ese par se interesa por las mismas cosas. Y siempre están de acuerdo, no sólo en literatura.

— Apuesto cualquier cosa, aunque sean cuatro helados en la pastelería de Bose —dijo Puck—, a que eso acaba en boda. ¿Alguien apuesta en contra?

Merete respondió alegremente:

— ¡Sería tirar el dinero por la ventana! Habría que estar ciego para no darse cuenta de que ella está coladita por él.

Navio se mordisqueó un dedo:

— Tal vez deberíamos decírselo al señor Holst. Es tan amable al habernos regalado una piscina... Y a lo mejor no ha caído en la cuenta de que la señorita Holm está enamorada de él.

Las demás estallaron en risas.

— ¿Por qué os reís? ¿He dicho una tontería?

— Puedes estar segura, Navio —dijo Puck—, de que esa parejita se las arreglará solita sin nuestra ayuda.

— ¡Hum! —exclamó Navio, no muy convencida.

Inger declaró entonces:

— Contentémonos con observarles discretamente. Nunca da buen resultado mezclarse en los asuntos de los demás.

Mientras tanto, la señorita Holm y Erling Holst se paseaban por el estrecho sendero que conducía a la orilla izquierda del lago Ege. No se fijaban en el paisaje, ya que estaban absortos en su conversación.



—En efecto — decía él —, podemos afirmar que fue su casamiento con Ingeborg Pamperin lo que hizo de Stuckenberg un gran poeta.

— ¿No estaba demasiado influenciado por Jacobsen?

— Desde luego que no, puedo afirmarlo.

La pareja, apasionada por la literatura, proseguía lentamente su camino.

Al llegar al pantano, ella dijo:

— ¿No sería mejor dar la vuelta, señor Holst? Usted dijo que quería visitar las obras...

— Ejem... Sí, sí, claro está... Pero no por eso debo perder el hilo de sus ideas, que tan interesantes me parecen.

Media hora más tarde se hallaban junto a la piscina en construcción, donde los muchachos, revoloteando junto a los obreros, ayudaban eficazmente. Allí, Erling Holst se olvidó momentáneamente de su querida literatura.

El señor Holst estaba lejos de ser un pedante aburrido. Sus maneras deportivas, desenvueltas, sencillas, le convertían, a pesar de su erudición, en un hombre encantador; «todo un tipo», como decían Alboroto y Cavador.

El ingeniero Paul Ring se acercó al señor Holst sonriendo:

— Si no hiela demasiado pronto, conseguiremos finalizar los trabajos antes del invierno. De todas maneras, debemos estar preparados para heladas imprevistas.

Holst inclinó la cabeza satisfecho:

— Sí, veo que el trabajo va a toda marcha. ¿Está contento de la ayuda de los alumnos?

El ingeniero rió de buena gana.

— En mi vida había visto chicos tan enérgicos y voluntariosos. Todos tienen ya las manos llenas de ampollas. Ese muchacho a quien todos llaman Alboroto les anima sin cesar con tal ímpetu que a veces debo frenarles un poco.



En aquel momento, Alboroto se acercaba a toda velocidad, con un cubo lleno de tierra.

— Veamos, Alboroto... No me acuerdo de tu verdadero nombre.

— Llámeme Alboroto, por favor, señor Holst. Todo el mundo me llama así, a causa... ¡ejem!, de lo muy callado y quieto que estoy siempre.

— Estuve leyendo tu artículo en el periódico escolar. Y me pareció excelente.

— ¡Oh! —exclamó Alboroto con modestia—, no estuvo mal, pero cualquiera de mis compañeros hubiera podido escribirlo. Y ahora, perdóneme, pero debo seguir trabajando.

Y salió disparado, con su cubo de tierra a cuestas.

Una vez hubo tirado al lago Ege el contenido del cubo, se volvió hacia Cavador:

— ¿No te parece que acabaremos por rellenar el lago, amigo mío?

— No importa — repuso éste —. Siempre es preferible una piscina a un lago.

Ambos regresaron junto al «bulldozer». ¡Los muchachos quedaban cada día agotados, pero ninguno se lamentaba por ello! Cuando por la noche se derrumbaban en sus camas, tenían agujetas en todas partes, pero se sentían felices como nunca antes lo habían sido.



Aquella tarde, las cuatro amigas estaban charlando en su cuarto, cuando Lilian entró como un vendaval.

— Hola, chicas —dijo—. Tengo una idea magnífica.

Puck le sonrió:

— Eso promete ser interesante.

La pequeña acróbata dio un elegante salto para ir a sentarse en la mesa. Después declaró:

— Oídme. Todas sabemos que los chicos se lo pasan en grande, mientras nosotras nos aburrirnos de lo lindo. Se impone una decisión: hacer algo.

— Bien, ¿y qué?

— Instituyamos el Comité de Intereses Públicos de las Chicas.

Las cuatro oyentes se quedaron pasmadas.

— Suena muy impresionante —dijo Puck—. Pero ¿qué significa?

— Bah... Puede significar muchas cosas. Estoy segura de que durante las horas de descanso los obreros se aburren mucho. Sólo pueden jugar a cartas en sus tristes barracones. Podríamos organizar una fiesta en la sala de gimnasia, con diversos números. Y servir café a todo el mundo... Algo así...

— ¡Bravo, Lilian! —gritó Merete—. ¡Formidable!

— Sí —reconoció Puck, lo mismo que Inger y Navio.

— La idea es sensacional.

La pequeña artista sonrió satisfecha.

— Podemos organizar una velada con canciones, música... Yo me ocuparé de esto. Y Puck puede dedicarse a conseguir dinero para el café y las frutas.

— ¿Yo? —exclamó Puck—. Sólo tengo cuatro coronas y me las

guarda el director.

— ¡No seas boba! —exclamó Lilian—. Nunca pensé en que tú cargaras con los gastos. Se trata de que vayas a hablar con el director para que te permita gastar un poco del dinero ganado con la película que filmasteis.

— ¡Bien, muy bien! — rugió Navio con entusiasmo —. Eres genial, Lilian. Claro que podemos sacar dinero del... ¿Cómo se llama?

— Fondo del pensionado Egeborg —dijo Puck—. ¿No te da vergüenza olvidar el nombre, si tú eres miembro del consejo de administración?

— Sí, pero también lo son Svend, Alboroto, Cavador, Caoba, Inger, Karen, Puck... Y el director es el presidente.

La conversación prosiguió muy animadamente. Y las propuestas llovieron de todos lados.

Finalmente, Inger, con su calma habitual, dijo:

— Creo que debemos hacer más aún. La fiesta está bien, pero estos obreros acaban la jornada rendidos y deberíamos hacer algo por ellos cada día.

— Pero ¿qué, Inger?

— Podríamos, por ejemplo, servirles café todas las tardes, y pedir a Thora que les prepare pasteles. Naturalmente, nos costará caro, pero es para una buena causa.

— ¡Convocaremos al Consejo esta noche! — dijo Puck —. Podemos contar con los votos de Alboroto y Cavador.

Navio de pronto se inquietó:

— Y cuando demos la fiesta, ¿no sería posible evitar que la señorita Fagerlund quiera tocar el órgano?

Puck rió:

— Trataremos, Navio. Tal vez el director nos permita transportar el piano de cola al gimnasio y Else podría darnos un concierto. Es una auténtica virtuosa.

— ¡Magnífico! —exclamó Merete—. Eso empieza a tomar cuerpo.

— Sólo queda esperar que la reunión de esta noche sea un éxito.

— Lo será — prometió Puck.

Y estuvo en lo cierto.

* * *

La proposición de las muchachitas fue vivamente aplaudida por

los chicos. A decir verdad, Svend, presidente del consejo de alumnos, titubeó un poco. Sí, la idea era buena, pero ¿gastar tanto de los fondos de reserva!

— No importa — objetó Navio —. Tener el dinero en el banco no proporciona a nadie ningún placer. Emplémoslo en cosas razonables.

— De acuerdo —aprobó Alboroto—. ¿Y no habrá helados en la fiesta?

— Sí, todos los que quieras.

— Bien, en tal caso, yo estoy de acuerdo. ¿Votamos?

— Sí — dijo Svend —. Votemos. ¿Quién vota sí?

Todos levantaron la mano menos él.

Y dijo entonces:

— La proposición es aceptada por aplastante mayoría. ¡Declaro terminada la sesión!

— ¡Bravo! —gritó Navio.

Alboroto dio un golpecito amistoso a Puck.

— Siempre lo digo, Puck. Eres una chica de primera. ¿No es cierto, Cavador?

— Sí, lo dices al menos una docena de veces al día — mintió con aplomo su amigo.

— Debemos irnos —dijo Inger—. Tenemos mucho trabajo si queremos que todo salga bien. Buenas noches, chicos.

— Buenas noches, chicas. Habéis sido muy amables al pensar en nosotros.

Cinco minutos después, las cinco amiguitas estaban ya elaborando planes. Decidieron llamarse «Comité de Intereses Públicos de las Chicas», para dar a entender que los muchachos no tenían nada que ver con aquello. Inger quiso protestar, diciendo que le parecía algo fuerte, pero Navio rió:

— ¿Crees que si esa idea hubiera sido de Alboroto no lo hubiera llamado Comité de Intereses Públicos de los Chicos?

— No —dijo Puck—, puedes estar segura de que no, ya que lo hubiera llamado Comité de Intereses Públicos de Alboroto. ¡No es precisamente la modestia lo que abunda más en él!

Inger sonrió dulcemente:

— De acuerdo. Aceptado por mayoría. Estoy segura de que podremos ser bastante útiles.

— Muy útiles — rectificó Navio.

Y nadie la contradijo.

* * *

Al día siguiente las chicas estuvieron muy ocupadas, ya que tenían muchas cosas que organizar. En primer lugar, Puck habló con el director, el cual encontró excelente la idea y prometió prestar su propio piano de cola personal para la fiesta. También la señora Frank se mostró comprensiva y accedió a que Thora confeccionara pasteles varias veces a la semana para los obreros, a la hora del té. A continuación, Puck fue al encuentro del señor Strandvold, el cual, como es de suponer, no se había ido de vacaciones por querer presenciar los progresos diarios de la construcción de la piscina.

En pocas palabras, Puck le puso al corriente de sus proyectos, y demostró su entusiasmo.

— Estupendo. Es preciso que Lilian represente algunos números de acrobacia, acompañada por el grupo de chicas a las que ella entrena. Han hecho grandes progresos últimamente. Pediré a los chicos que trasladen mesas y sillas a la sala de gimnasia.

— No, de ningún modo — exclamó Puck —. Los chicos no tienen que intervenir en esto. Es un trabajo que podemos hacer solas. Sólo pedimos ayuda para trasladar el piano de cola, ya que no nos vemos capaces de semejante hazaña.

El señor Strandvold rió de buena gana.

— Lo comprendo perfectamente. Contad conmigo para ello. El piano será trasladado... sin la ayuda de los muchachos.



— Muchas gracias, señor —dijo Puck—. Es usted muy amable.

— Al contrario —respondió el joven profesor—. Es amable por

vuestra parte permitirme colaborar.

— Gracias de todos modos — repitió Puck.

Y salió como una flecha.

Quedaba aún por confeccionar el programa de la fiesta y enviar las invitaciones a los obreros. Inger fue la encargada de redactar el borrador de las invitaciones, que luego serían impresas en ciclostil.

Lilian se sentía muy orgullosa de que sus «alumnas» hubieran obtenido el permiso de actuar en público, y sus ojos brillaban de entusiasmo.

— Puedes creerlo, Puck —dijo—, mis seis «alumnas» son excelentes acróbatas ya.

Más tarde, Merete preguntó:

— Oye, Puck: Navio y yo ¿qué podemos hacer?

Puck rió:

— ¡No os quejaréis por falta de trabajo! Abajo, en el sótano, hay sillas que deben ser sacudidas de polvo y transportadas a la sala de gimnasia. Podéis pedirle trapos a Thora. Más tarde iré a ayudarlos. También necesitamos papel blanco para recubrir las mesas. Y hay que preparar el café y las frutas..., y los helados y las velas y...

— ¡Basta, basta! —gimió Merete, desesperada—. No podremos con todo.

— ¡Tenemos que poder!

— De acuerdo. Vamos, Navio.

Y Merete y Navio se encaminaron al encuentro de Thora para pedirle gamuzas para sacudir el polvo. Entonces Puck se ocupó de la señorita Fagerlund, para evitar que se empeñara en tocar el órgano. En cambio, podía dirigir el coro de chicas.

La señorita Fagerlund aprobó con un gesto enérgico de cabeza, de modo que su moño osciló en su coronilla.

— ¡Una excelente idea, Bente! Una idea notable... Claro que una tercera parte de las alumnas están de vacaciones.

— ¿No bastará con las que quedan?

— Sí, podremos arreglarlo. Voy a reunir a las chicas y les haré ensayar.

— Muchas gracias, señorita.

Puck salió al galope hacia otra ocupación.

— Oye, Else...

— ¿Sí?

— ¿Has oído hablar de la fiesta que organizamos? Quisiera pedirte que interpretaras unas cuantas piezas al piano...

— ¿Crees que lo haré bien? — preguntó Else.

— ¡Pero si tocas el piano como un ángel! Será toda una experiencia para los obreros oírte interpretar a Beethoven, ya lo verás.

— Lo intentaré, Puck.

— Perfecto. ¡Gracias, Else!

Puck prosiguió así hasta la tarde. Cuando las últimas sillas estuvieron colocadas en la sala de gimnasia, las muchachitas se reunieron en el «Trébol de Cuatro Hojas», agotadas.

— ¡Oh! —suspirió Puck—. Jamás hubiera creído que organizar una fiesta fuera tan cansado. Creo que podremos decir que el comité de las chicas se ha salido con bien de su cometido.

— Oye, Puck —dijo Navio, inquieta—. Espero que hayas persuadido a la señorita Fagerlund para que no toque el órgano.

— No te preocupes, Navio. Dirigirá el coro. Y Else tocará al piano música clásica.

— ¡Hum! —gruñó Navio.

— Nada de «¡Hum!»). Else toca estupendamente.

Navio inclinó la cabeza escépticamente.

— Sí, no hay duda... Pero ¿no crees que otra clase de música sería mejor apreciada por los obreros? Por ejemplo música moderna, bailables...

— Dudo mucho de que Else conozca esa clase de música. Además, ¿por qué los obreros no han de gustar de la música clásica?

Inger asintió con la cabeza.

— Estoy segura de que muchos de ellos conocen a Beethoven mejor que nosotras. Y a los demás les servirá de experiencia. ¡Veréis cómo Else tiene un gran éxito!

— Esperémoslo —dijo Navio.

Puck se volvió hacia Inger.

— ¿Has redactado la invitación?

— Sí, léela.

Puck tomó la cartulina, y Merete, Navio y Lilian se inclinaron para leer también:

GRAN VELADA

Nosotras, las chicas de Egeborg, hemos seguido con satisfacción los

progresos de las obras de construcción de una piscina, y nos sentimos maravilladas por el ritmo del trabajo.

Como deseamos participar en algo a la empresa, les invitamos a todos a una velada en la sala de gimnasia, el sábado a las 6 de la tarde.

Les ofreceremos un variado programa de piano, canto, acrobacia y muchas otras cosas para recreo de vista y oído. A continuación alimentaremos sus estómagos con café, pasteles, helados y fruta.

Hasta pronto.

EL COMITÉ DE INTERÉS PÚBLICO DE LAS CHICAS

Puck aprobó con un gesto.

— Perfecto, Inger. Ahora sólo nos queda averiguar quién de nosotras es capaz de sacar copias con la máquina ciclostil.

— Yo no — dijo Inger.

Tampoco las demás se sintieron capaces.

Y entonces Puck tuvo una idea:

— Le pediremos que lo haga al señor Strandvold. Me ha dicho que podía pedirle ayuda si lo necesitaba.

— Perfecto — respondieron las demás —. Ya sólo tenemos que ocuparnos de las compras.

— Sí, hagamos la lista, y mañana iremos a Oesterby. Cuando Puck hubo terminado la lista, se la leyó a sus amigas y preguntó:

— ¿Hemos olvidado algo?

— Sí — respondió Navio.

— ¿Qué?

Navio se sentó en su cama y sonrió.

— ¡Comer helados en la pastelería de Bose!





El Comité de Intereses Público tuvo mucho que comprar al día siguiente en Oesterby, pero cuando concluyeron se dirigieron a la pastelería de Bose, dispuestas a saborear helados.

Navio dijo:

— ¿Sabéis qué pienso? Que eso va muy mal.

— ¿Qué es lo que va mal?

— El romance entre la «pequeña» Holm y el señor Holst.

— ¿Cómo?

— Sí, la cosa no progresa. Todavía ella le llama «doctor Holst», lo que no resulta muy alentador. Con seguridad él no se decide a pedirle en matrimonio y ella no puede hacerlo en su nombre.

— ¡Tonterías! — dijo Puck riendo.

Pero Inger intervino:

— No, no son tonterías.

— ¿Verdad que no? —exclamó Navio, visiblemente animada—. Ya que hemos formado un comité, deberíamos ocuparnos de los que nos rodean, por lo tanto de la «pequeña» Holm y del doctor. Podríamos darles un empujoncito...

— ¡Casamentera! — dijo Merete riendo.

— Cuidado, Navio —aconsejó Puck—. Puedes meter la pata fácilmente.

— No, no temas —dijo Navio—. No meteré la pata. Pero... tengo una idea.

* * *

Algunas horas más tarde, Navio probó que realmente era una pequeña casamentera bastante avispada.

Viendo que el señor Holst, según su costumbre, subía a su cuarto, donde solía escribir junto a la ventana abierta, Navio fue en

busca de su amiga Rigmor y la puso al corriente de la situación.

Entonces ambas muchachitas se encaminaron por el jardín hacia el lugar donde se hallaba la ventana del doctor, y empezaron a jugar a pelota. De pronto, la voz de Navio se dejó oír:

— Oye, Rigmor... ¿No te parece raro ese doctor Holst?

— ¿Raro, Navio?

— Sí, estoy casi segura de que Jyette Holst le gusta, y salta a la vista que ella está por él.

— Sí, eso es evidente — confirmó Rigmor elevando la voz.

Navio también elevó la suya:

— En tal caso, ¿por qué siguen hablándose ceremoniosamente de usted? ¿Por qué no decirse francamente así: «Benedikte, quiero que seas mi mujer». ¿No te parece?

— Estoy totalmente de acuerdo.

— ¿Y yo también? — dijo entonces una alegre voz de hombre desde la ventana—. Ha sido muy amable de vuestra parte el haber querido ayudarme, y os lo agradezco de corazón.

— ¡Oh! Pero...

— Nada de peros, hijitas. Sólo recordad que hay límites que no deben ser traspasados.

Y la sonriente cabeza desapareció.

Durante algunos segundos las dos muchachitas se miraron aturdidas. Después Navio dijo en voz baja:

— Me parece, Rigmor, que será mejor que arriemos velas.

— Sí. Tengo la impresión de que nos hemos pasado de la raya.

— ¡Yo también!

—

Y ambas chiquillas se alejaron.

* * *

Más tarde, el mismo día, una alegre animación reinaba en el «Trébol de Cuatro Hojas», pero Navio no tomaba parte en ella. Permanecía sentada, silenciosa, pensativa.

Puck acabó por preguntarle:

— ¿Qué demonios te ocurre?

— Nada, nada...

— ¿Entonces?...

— ¡He metido la pata hasta la rodilla!

— ¡La pata! ¿Qué pata? ¿Y en dónde?

— Donde no debía. Además tú me advertiste.

Y Navio le contó toda la historia y terminó diciendo:

— Supongo que lo he estropeado todo. Y el doctor Holst debe de estar enojado.

Inger rodeó con sus brazos los hombros de Navio.

— No estés triste, Navio. Tu intención ha sido buena. Además, seguramente habrás conseguido tu propósito.

— ¿Tú crees?

— Claro. Con seguridad el señor Holst se ha dado cuenta de vuestra estratagema, pero habrá tomado una decisión. ¿Sabes qué pienso, Navio?

— No.

— Creo que pedirá su mano hoy o mañana.

— ¿De veras? —respondió Navio, más animada.

— Puedo garantizártelo.

— ¿Y qué contestará la «pequeña» Holm?

— En mi opinión dirá «sí».

No hubo tiempo para más comentarios, porque en aquel instante voces excitadas procedentes del vestíbulo llegaron hasta ellas. Las muchachitas se miraron. ¿Qué había sucedido?

Alguien dijo abajo:

— Que llamen a Falek...

Era la voz del director.

— ¡Lllaman a Falek...! Debe de haber ocurrido un accidente. Vayamos a ver si podemos prestar ayuda — dijo Puck.

Y salió del cuarto corriendo, seguida por las demás.

Al llegar al vestíbulo, vieron a la señora Frank rodeada por vanos obreros y al señor Frank hablando por teléfono.

— Aquí, Egeborg — decía —. Envíen inmediatamente un equipo de socorro.

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó Puck.

La señora Frank contestó suavemente:

— Se ha producido un derrumbamiento en el lugar donde estaban trabajando. La tierra ha caído...

— ¿Sobre... alguien? —preguntó Puck.

La señora Frank asintió.

Puck se precipitó a la salida. La esposa del director quiso impedirselo, pero ya la chiquilla y sus amigas cruzaban el parque

hacia el lugar de las obras.

Llegadas a la excavación vieron cómo los obreros trabajaban febrilmente. Puck preguntó al ingeniero:

— ¿No han conseguido sacarles aún?

— Espero sacarlos pronto — dijo el ingeniero, con voz angustiada.

Los chicos ayudaban también. Puck buscó a Alboroto con la mirada, pero no le vio en ningún sitio.

Cavador hizo una mueca. Y Puck se dio cuenta de que aquel muchacho travieso y despreocupado estaba a punto de llorar.

— ¿Está..., está...?

Cavador asintió con un gesto. Puck se quedó helada.

¡Alboroto... enterrado, en peligro mortal! Sintió vacilar sus piernas. Pero reaccionó con energía; no había que ceder al pánico, era preciso actuar.

— ¿No podemos hacer nada? —preguntó al ingeniero—. Van a ahogarse...

— Esperemos que no. Había un lugar construido con maderas y pueden estar allí. Hay un muchacho y un obrero, y llegaremos hasta ellos antes de que se les acabe el oxígeno.

Tomó una pala y empezó a trabajar como los demás. De pronto se detuvo y gritó:

— Deténganse todos... Un momento... Si no cavamos con todo cuidado podemos provocar nuevos desprendimientos y toda la obra se derrumbaría sobre ellos.



— En tal caso, ¿qué hay que hacer? — gritaron varios obreros, que empezaban a dejarse dominar por el pánico.

Puck miraba de un lado a otro aterrorizada. La terrible realidad

paralizaba su corazón.

— ¿No podría yo deslizarme hasta ellos cavando con cuidado, sólo para abrirles el paso del aire?

El ingeniero la miró deslumbrado.

— ¡Bravo! —dijo—. Toma esta pala y se prudente.

De una mano la condujo hasta un montón de tierra, donde Puck puso el pie con las máximas precauciones. Siguió subiendo hasta que el ingeniero le dijo que había llegado hasta el sitio adecuado. Se inclinó un poco y empezó a cavar con precaución.

Pronto el sudor perló su frente, y sus manos empezaron a dolerle. ¡Pero apenas lo notaba! Un solo pensamiento la dominaba: procurar un poco de aire a los dos accidentados.

Puck tuvo la impresión de tardar una eternidad en agujerear la tierra. Entonces se tumbó en el suelo y gritó:

— ¡Alboroto, Alboroto...!

Una voz le respondió:

— ¡Estoy aquí!

— ¿Estás bien?

— Sí..., poco más o menos. Ahora entra aire y estamos mejor. Casi nos habíamos quedado sin poder respirar.

— ¿No estáis heridos?

Se sentía aliviada y feliz de haberles hallado.

— Un poco aturdidos — dijo Alboroto —, pero no tiene importancia. Eres verdaderamente estupenda, Puck, por haber venido a ayudarnos.

— Pronto os sacarán de aquí — prometió ella.

Y empezó a retroceder lentamente. El ingeniero, los muchachos y los obreros corrieron a rodear a Puck. Todos estaban graves y ansiosos. Y en aquel momento se oyó la sirena de la ambulancia y el claxon del coche que transportaba el equipo de socorro.

Alguien se sentó junto a ella y le puso una mano en un hombro. Era el doctor Holst.

— ¡Magnífico! —dijo tan sólo—. Estamos orgullosos de ti.

— Si no he hecho nada —respondió Puck entre sollozos—. Era preciso que lo hiciera alguien que pesara poco.

La señora Frank se le acercó:

— Será mejor que tú y yo entremos en casa. Ahora todo se arreglará, ven.

La tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Puck se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Entonces unos pasos resonaron a sus espaldas.

Eran las demás habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas».

— No habíamos pensado en que el comité de chicas debiera llevar a cabo tales tareas. Pero es el momento de cuidar a los heridos.

Había acudido un médico, en la ambulancia, que auscultó a Alboroto y al obrero, y ante la general alegría declaró que los dos estaban bien. Alboroto tenía una herida en una pierna y un enorme chichón, y el obrero dos costillas rotas. Se les acostaría en un cuarto del pensionado y Puck y sus amigas les cuidarían.

Cuando Puck se acercó a Alboroto para renovar el vendaje frío que le pusieron en la cabeza, él dijo:

— ¿Cómo podré pagarte lo que has hecho, Puck? ¿Hay algo que puedo regalarte?

Puck rió:

— El regalo ya me lo habéis hecho al no tener ni el uno ni el otro nada grave. Ahora sólo debes pensar en descansar.

— ¡La fiesta! — gritó Alboroto —. ¡No quiero perdérmela!

Levantó la cabeza, pero inmediatamente volvió a reclinarla.

— Oh, mi cabeza... —gimió con desesperación—. ¿Crees, Puck, que volveré a ser normal algún día?

— ¿A ser normal? ¿Acaso lo has sido alguna vez, Alboroto?

— Eres cruel —dijo él—. Pero te estoy tan agradecido que no puedo enojarme contigo. De todos modos, acudiré a la fiesta, tenlo por seguro.

— Pues calla y descansa. De lo contrario, no podrás tomarte una buena ración de helado de vainilla.

— Dadas las circunstancias, podríais darme una ración doble —mendigó el incorregible muchacho.

— ¡Triple, si la quieres! —prometió Puck.

Poco tiempo después, Alboroto se quedó dormido.

* * *

Y por fin llegó el momento de la gran fiesta.

Durante las últimas horas la agitación había sido febril, pero todo estaba ya a punto. Las mesas y las sillas ocupaban casi la mitad de la sala de gimnasia, pero al menos quedaba lugar suficiente para

los artistas. El señor Strandvold había prometido dar una pequeña conferencia.

Los obreros iban entrando poco a poco. Se habían lavado y cepillado con tanta energía que sus rostros y sus trajes estaban resplandecientes, y un fuerte olor a jabón inundaba la sala. Los muchachos entraron todos en grupo, con paso tranquilo, divertidos ante la idea del espectáculo que las muchachas habían ideado.

Acudieron también el ingeniero y los contratistas, y al final el director, su esposa, Erling Holst y los escasos profesores que se habían quedado en el pensionado durante las vacaciones.

Puck se afanaba al fondo de la sala; estaba nerviosísima y de vez en cuando preguntaba a Merete y a Inger, sus ayudantas más cercanas:

— ¿No habremos olvidado algo? ¿Estáis seguras?

— Tranquilízate, Puck — dijo Merete —. Todo irá bien.

— Eso espero —suspiró Puck—. Pero me pregunto ¿si los obreros no se extrañarán de que les ofrezcamos refrescos de limonada?

— No digas más bobadas, Puck —gritó Merete—. ¡Tranquilízate, por favor!

Mientras entraban los últimos invitados, Else se sentó al piano e interpretó una marcha triunfal. No era su música preferida, pero tocaba maravillosamente y fue muy aplaudida. Después el señor Strandvold subió al escenario improvisado y dijo:

— Señoras y caballeros. El Comité de las Chicas me hace el honor de darme la palabra. Me consta que ellas se han esforzado mucho en ofrecernos una velada agradable... y todos sabemos por qué. Están, como todos, maravilladas de la marcha del trabajo en la piscina, y han querido recompensar al ingeniero, contratistas y obreros que tanto y tan bien trabajan. También han querido demostrar su agradecimiento al señor Erling Holst, quien de esta manera tan espléndida demuestra su interés por el pensionado de Egeborg. Propongo, pues, un triple brindis en honor de tan generoso donante.

Cuando el triple brindis hubo resonado por toda la sala, el señor Strandvold prosiguió:

— Presenciaremos y escucharemos ahora el primer número del programa; esto es, un coro femenino dirigido por la señorita

Fagerlund.

El coro cantó varias canciones y fue muy aplaudido.

A continuación se sucedieron números varios. Una de las muchachitas demostró sus habilidades como prestidigitadora, con tal gracia que el público quedó encantado.

La «compañía» de acróbatas de Lilian Latour se llevó, sin embargo, el triunfo más grande. Hacía tan sólo tres meses que la joven artista las estaba entrenando, pero los resultados obtenidos eran fabulosos. Y resonó en la sala una verdadera tormenta de aplausos.



A continuación el señor Strandvold apareció de nuevo:

— Comparto enteramente la opinión del público. Lilian Latour ha sido una notable profesora. Y ahora nos demostrará personalmente lo que ella es capaz de hacer. ¡Lilian Latour!

Lilian saludó y sonrió a los espectadores, y todo el mundo clavó en ella la mirada, cuajada de emoción. ¡Parecía un torbellino en el aire! Daba saltos mortales sobre cuerdas tendidas bajo el techo, saltaba con elegancia increíble por encima del potro, y acabó con un doble salto peligrosísimo que dejó al público con la boca abierta.

Sus hazañas fabulosas fueron recompensadas debidamente y con febril entusiasmo. Ella saludó con donaire profesional, envió besos al público a derecha e izquierda, mientras recordaba sus actuaciones en las pistas circenses de tantos países...

Merete dio un empujoncito a Puck.

— Puck, ¿no ves lo bien que todo marcha?

Puck sonrió:

— Sí, pero... temo que Thora no haya preparado café suficiente para tanta gente...

— En tal caso le añadiremos agua.

El señor Strandvold anunció entonces:

— Señoras, caballeros... Nuestra Else Reimer va a interpretar al piano varias piezas de Beethoven.

La agitación de la sala iba en aumento y Else estaba muy nerviosa.

Puck tomó a Inger por el brazo:

— Tal vez debimos acabar la representación con el número de Lilian... O bien quizás Else debería interpretar melodías modernas...

— ¡No digas tonterías, Puck!

— ¿No ves cómo todo el mundo se agita en sus asientos?

— Se calmarán, ya lo verás.

— Ah, no lo creo...

Entonces Else empezó a tocar.

La agitación se fue apaciguando poco a poco, aunque sólo fuera por cortesía hacia la joven pianista. Y de pronto se hizo un silencio total, en medio del cual empezó a elevarse la música incomparable de Luis Van Beethoven. Else se había olvidado ya de cuanto la rodeaba, embrujada por la magia de las notas.

Y sin duda, allá, en la eternidad, el gran compositor no veía motivo alguno para quejarse de su joven intérprete.

Cuando resonó el último acorde, hubo un segundo de expectación y luego los aplausos fueron tan entusiastas que pareció que las paredes se vendrían abajo. Todo el mundo gritaba:

□ ¡Más, más! ¡Que se repita! ¡Bravo, bravo.

En medio de aquella marea de gritos, Merete gritó a Puck:

□ ¿Qué? ¿Te has convencido, Puck, de que todo el mundo es capaz de apreciar una buena música bien interpretada?

□ ¡Ah, ha sido maravilloso! — suspiró Puck.

Mientras se apresuraban a encender las velas, Erling Holst dijo a su vecina, con voz un poco temblorosa:

□ Ejem... Señorita Holm, ¿podría hablar con usted a solas..., fuera de la sala?

Y salieron juntos.

Puck y sus amigas se afanaron cuanto pudieron y poco después todo el mundo estuvo sentado alrededor de las improvisadas mesitas, alegremente decoradas. Todo el mundo reía y charlaba.

Cuando las frutas y los refrescos fueron servidos, Erling Holst se levantó y pidió la palabra. Parecía un tanto nervioso, pero de todos modos consiguió decir:

□Señoras, caballeros y vosotros, ¡maravillosa juventud! Yo no soy ningún orador, pero con ocasión de esta fiesta me gustaría decir algo. Me he sentido feliz, muy feliz, de ver que la idea de construir una piscina era tan bien acogida por todos en Egeborg. Y el hecho de que nada grave haya ocurrido en el accidente de hoy me hace más feliz todavía y... y...

Tosió confuso y prosiguió:

— Y..., hay otra cosa aún... Sí, una excelente noticia que quiero comunicar a todos...

— Prepárate, Navio — dijo Puck.

— ¡Ay, pobre de mí! — gimió Navio.

Con gesto afectuoso, Erling Holst acarició el cabello de Jyette Holm, sentada a su lado, y dijo:

— Me siento muy dichoso al poder anunciarles que la señorita Jyette Benedikte Holm y yo hemos decidido casarnos...

El señor Holst esperó que los aplausos se silenciaran y añadió:

— ¡Olvidaba algo! Para celebrar esa felicidad que hoy tengo, he decidido que cubriremos la piscina a continuación de su construcción, a fin de que los alumnos puedan disfrutar de ella los doce meses del año.

Aquella nueva noticia fue acogida con gran satisfacción.

Y cuando el señor Holst se sentó de nuevo, su prometida, la señorita Holm, le tomó cariñosamente la mano y le dijo:

— Gracias, Erling... ¡No pudiste hacerme mejor regalo de compromiso!



La fiesta se había terminado y las cuatro chiquillas, agotadas, estaban acostadas en el «Trébol de Cuatro Hojas». La conversación

languidecía. Estaban rendidas de sueño.

— ¡Ha sido todo un éxito!

— dijo Merete, bostezando.

— Sí — respondió Puck bostezando también.

— Y lo mejor de todo es saber que Navio, a pesar de sus temores, no había «metido la pata». Por el contrario, parece ser que el señor Holst ha recibido el empujoncito que le hacía falta.

Diez minutos después la señora Frank abrió la puerta.

— ¿Todo va bien, hijitas? —preguntó.

Pero no obtuvo ninguna respuesta, ya que las cuatro chiquillas dormían.

— Que durmáis bien — deseó en un susurro la esposa del director —. Os lo habéis merecido.

Después se dirigió a la habitación siguiente.

Cuando, después de haber hecho toda la ronda, se fue al encuentro de su esposo, éste le preguntó:

— ¿Todo bien?

— Sí... Es decir, todo el mundo dormido. Incluso Puck...

— ¡Puck! Hay que admitir que no hay otra como ella en toda la faz de la tierra.

* * *

Al día siguiente era domingo; los muchachos habrían querido trabajar en la construcción de la piscina, pero como el gran «bulldozer» estaba parado, no había tierra que transportar.

Fue al final de la mañana cuando Puck y sus amigas se encaminaron a la sala de gimnasia para poner orden. La idea de que las sillas, los tablones que sirvieron de mesa y todo lo demás había de ser devuelto al sótano no las alegraba demasiado. Pero no quedaba otro remedio.

— ¡Ay! — suspiró Navio —. Qué lata...

— Lo mismo pienso — reconoció Puck —. Hubiera preferido descansar hoy.

Mas cuando las muchachitas entraron en la sala de gimnasia se quedaron atónitas.



¡La sala estaba vacía!

Y Alboroto y Cavador, silbando, acababan de colocar en su debido lugar cada cosa. Alboroto, ya totalmente repuesto de su accidente, dijo alegre:

— Hola, chicas... Muchas gracias por la maravillosa fiesta de ayer.

Puck se le acercó:

— De veras, Alboroto, estoy muy emocionada... ¿Habéis transportado todas las cosas al sótano por nosotras, bandidos?

— Sí... —confesó Alboroto—. Necesitábamos un poco de ejercicio, y ya que los domingos no podemos trabajar en la piscina... Hemos pensado que estaríais cansadas.

Puck se volvió hacia sus amigas.

— ¿Qué os parece, chicas? ¿No son un par de muchachos irresistibles?

— ¡Cuanto más se les conoce más se les quiere! — dijo Merete.

— Ésa es también mi opinión — dijo Lilian.

Inger se contentó con sonreír, pero Navio tuvo que exteriorizar con entusiasmo su contento:

— ¡Son dos tipos fantásticos, estupendísimos! Por dos cosas: por haber hecho nuestro trabajo y... por no habernos gastado ninguna broma en el día de ayer.

— ¡Hum! — gruñó Cavador.

Alboroto le miró inquieto.

— ¿Debo decirte que tus gruñidos están ahora totalmente desplazados?

Puck intervino:

— ¿Quiere eso decir que, a pesar de tu accidente, planeasteis gastarnos una broma?

Sí —suspiró Alboroto—. Ya que mi compañero es un poco bobo y ha despertado vuestras sospechas con sus gruñidos, os confesaré que habíamos ideado unas cuantas sorpresas en forma de petardos... ¡Hubieran resultado espectaculares! Pero, ¡ay!, en la tienda de Oesterby los habían acabado.

— ¡Lástima! —dijo Puck con ironía—. Los petardos hubieran sido una buena compañía para la música de Beethoven.

— Nuestra intención era hacer participar en ello a la señorita Fagerlund.

Rió y prosiguió:

— ¡Hubiera sido tan divertido verla saltar a derecha e izquierda, al estallarle los petardos a los pies!

— ¡Oh! —declaró Navio—. Hubiera sido el broche de oro de la velada.

— Navio —previno Puck—. No olvides que perteneces al Comité de Intereses Públicos de las Chicas.

—

Pero al cabo todos rieron juntos de buena gana.

* * *

Erling Holst no parecía tener mucha prisa en regresar a Copenhague, no se sabía bien si a causa de su interés por los trabajos de construcción o por la compañía de Jyette Holm. Los chicos aseguraban que era por lo primero, pero las muchachitas preferían pensar que era por lo segundo.

Se hubiera dicho que Erling Holst se había convertido en un hombre distinto desde que habían tenido el valor de declarar sus sentimientos a la gentil profesora de Literatura.

Con gran sorpresa de ella, ya no hablaba de Literatura para nada. Su único tema de conversación era el futuro que se abría ante ellos y que compartirían en lo bueno y en lo malo.

— Habían decidido casarse a primeros de enero y hacer su viaje de novios alrededor del mundo. Pero, hasta entonces, la señorita Holm proseguiría dando clases en Egeborg, decisión que causó gran alivio al director, ya que a medio curso le hubiera sido muy difícil hallar un profesor sustituto.



El miércoles, el señor Holst declaró que los chicos no tenían que colaborar aquel día en los trabajos de la piscina, ya que estaban olvidándose de entrenarse en fútbol.

Así que pasaron juntos horas estupendas en el campo de entrenamiento. Como es de suponer, el profesor Strandvold estaba en el séptimo cielo, y le encantaba ser ayudado en aquello por el señor Holst que quiso participar en el entreno.

— ¡No debería ser doctor en letras — declaró entusiasmado Alboroto —, sino en fútbol!

— Sí — admitió Caoba —, es admirable.

— Fantástico — dijo Fleming.

Al cabo, su prometida se acercó a buscarle:

— Erling, ¿no crees que me estás descuidando demasiado?
¡Vamos a dar un paseo!

Él rió, feliz.

— ¡Buf! Confieso que ya no podía más. ¡Hacía tanto que no jugaba...! Será más prudente dejarlo por hoy. ¡Adiós, chicos!

— ¡Gracias, señor, y adiós! — exclamaron a coro ellos.

Cuando se hubieron alejado, Alboroto dijo a sus compañeros:

— ¡Un triple hurra por el señor Holst!

Y los gritos llegaron hasta la sonriente pareja.

Erling Holst tomó del brazo a su prometida y dijo:

— No puede negarse que me estoy haciendo popular aquí. La mayor parte de ellos debían de suponer que sólo sabía de Literatura, y se han quedado asombrados viéndome jugar.

Sacó el pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor:

— Aunque confieso que estoy rendido...

Ella, preocupada, le apretó cariñosamente el brazo:

— Debes tener cuidado con el ejercicio, Erling. Ya no eres un niño.

Él suspiró:

— ¡Tienes razón! Pero me sentía niño hace poco en el campo de entrenamiento.



Las vacaciones de otoño habían finalizado, y la vida, en el pensionado de Egeborg, iba recuperando su ritmo normal. Los alumnos que se habían ido de vacaciones, regresaron y demostraron su interés por todo lo relacionado con la piscina. Las preguntas y las respuestas surgieron de todas partes. Y también los profesores que habían estado ausentes mostraron su interés. En cuanto disponían de tiempo, todos corrían a curiosear en las obras.

El Comité de las Chicas servía pastelillos y café todas las tardes a los obreros, quienes lo recibían con gran contento. Puck se había procurado un silbato para llamar a obreros y muchachos colaboradores, en cuanto el café estaba preparado.

La piscina empezaba ya a adquirir forma. Se estaban construyendo las paredes laterales y se instalaba la maquinaria de filtraje de aguas. ¡Jamás se había visto trabajar a un ritmo tan intenso, aunque debe saberse que el señor Holst había prometido primas de trabajo si todo se realizaba bien y en el tiempo previsto!

Un día llegaron de Copenhague dos grandes camiones cargados con tubos de acero y otros extraños objetos. Eran los materiales para los distintos trampolines.

El ingeniero Ring, que dirigía los trabajos, estaba de excelente humor. El tiempo era bueno y, salvo imprevistos, todo estaría listo antes de la llegada de los hielos.

* * *

Por la tarde, las cuatro amiguitas estaban charlando agradablemente en el «Trébol de Cuatro Hojas». Reconocían con

unanimidad que el Comité era todo un éxito, hecho admitido incluso por los chicos, siempre tan criticones.

Navio, estirada en su litera en su posición favorita, agitando las piernas al aire, dijo:

— Sí, lo hemos hecho bien, hijitas... Pero lo mejor de todo es que Rigmor y yo consiguiéramos decidir que se casaran la «pequeña» Holm y el buenazo del doctor.

Puck rió:

— ¡No te envanezcas tanto, Navio! Recuerda que estuviste a punto de estropearlo todo.

Navio la contradijo:

— Nada de eso... Sin mi intervención, el señor Holst hubiera sido muy capaz de regresar a Copenhague sin pedir la mano de la señorita Holm. Y pensar que en viaje de bodas darán la vuelta al mundo y... tal vez, encuentren a mi padre...

Las demás rieron y Puck observó:

— Querida Navio... Tú parece creer siempre que el globo terrestre es pequeño como una manzana.

— A pesar de todo, muy bien pudiera suceder que se encontraran — aseguró entre soñadora y testaruda.

Calló un rato y al cabo exclamó:

— Aunque también pudiera muy bien suceder que mi papá estuviera de regreso antes de la boda. A lo mejor le encargan un viaje a Copenhague para aquellas fechas...

— Sí, todo puede ser. ¡Y sería maravilloso! —dijo Puck.

Ella pensaba en su propio padre, que dentro de pocas semanas regresaría de Chile para pasar con ella las fiestas de Navidad.

Merete no dijo nada, ya que el suyo permanecería en Canadá todavía dos años largos, dedicado en cuerpo y alma a la tarea que el gobierno de aquel país le había encomendado.

De las cuatro chiquillas, sólo Inger tenía a sus padres en Dinamarca, pero no los veía con frecuencia. Incluso durante las vacaciones, su padre se dedicaba noche y día a tareas de investigación científica, y su madre vivía entregada a obras sociales. Claro que se trataba de obras benéficas que hacían mucho bien a los demás, pero, seguramente, Inger hubiera deseado que le dedicara un poco de aquel tiempo a ella; en tal caso, la chiquilla sería sin duda menos grave y reservada.

Una hora después, Navio recibió una carta de su padre que la transportó al paraíso. Le decía que llegaría a principios del próximo mes, ya que una gran parte del cargamento que transportaba su buque en aquel viaje iba destinado nada menos que a Sundkoebing. ¡Así que el *Margrethe III* se quedaría sin duda en el puerto a pasar las Navidades!

— ¿No es formidablemente apasionante? —gritó Navio, agitando victoriosamente la carta.

— Lo es —dijeron las demás, felices con la alegría de su amiga.

— ¡Ah, soy la persona más feliz de la tierra entera! ¡Hu- rraaaa!

Puck permaneció silenciosa, absorta en un pensamiento que acababa de tener. Algún tiempo atrás, el *Margrethe III* había sido «adoptado» por el pensionado de Egeborg y el año precedente la tripulación había ofrecido una gran fiesta en la cubierta del buque a todos los profesores y alumnos.

— Tengo una idea —dijo Puck—. Una idea formidable.

— Te escuchamos.

— Bien; puesto que adoptamos el *Margrethe III*, que pronto pasará unos días en Sundkoebing, el Comité de las Chicas tiene una misión nueva: organizaremos una fiesta de Navidad a bordo para los miembros de la tripulación que estén lejos de sus hogares.

— ¡Bravo, Puck! Bravo... —gritó Navio—. Eres una fuente de ideas palpitantes. ¡Tienes razón, el comité ha de organizar una fiesta divertida y maravillosa!

Aun cuando Navidad estaba lejos todavía, empezaron ya a tratar animadamente de proyectos y programas. ¡Ah, qué apasionante era formar parte de un comité de Interés Público!

La conversación se prolongó hasta que la «gran» señorita Holm abrió la puerta del cuarto y dijo en tono seco:

— ¡Chist! Es hora de callarse, hijitas.

— Sí, señorita.

— Buenas noches. ¡Y que durmáis bien!

— Gracias. Lo mismo le deseamos.

La puerta se cerró de nuevo y las muchachitas siguieron hablándose en voz baja. Era mejor no enojar a su «capitana» de corredor. Había ocasiones en que se mostraba bastante severa.

* * *

En el salón particular del director Frank se hallaban reunidas

unas cuantas personas alrededor de la mesita del café. Además del director y esposa, estaban Erling Holst, Jyette Holm y el tío y tía de ésta, propietarios en Oestergaard, quienes, habiéndose enterado del noviazgo de su sobrina, habían acudido a felicitarla.

La conversación era amena, y el tío de Jyette se rió mucho ante el relato de la intervención de Rigmor y Navio en favor del noviazgo.

— Así, querido amigo, que necesitó usted un empujón □dijo riendo el propietario.

Holst rió:

— ¡Fue un empujón demasiado evidente! A decir verdad, las dos chiquillas se merecían una regañina.

— ¡Pero yo las perdono! —dijo su prometida—. ¿Sabes, Erling, que ya me estaba preguntando si no debería yo armarme de valor y «pedir tu mano»?

Holst se sintió incómodo:

— Oh, querida, perdóname. Pero, tratándose de cosas así, soy más bien un poco torpe.

— Por eso me pregunto si no fue la pequeña comedia de las dos chiquillas lo que te decidió.

□Pues..., en cierta medida. Aunque también tuvo su parte la sonata de Beethoven. Entonces me dije: «Ahora o nunca».

Ella le acarició la mano afectuosamente.

— Pues esta sonata, querido mío, será siempre nuestra música favorita. Yo también toco el piano, aunque no tan bien como ese pequeño genio llamado Else. Y, a propósito, ¿tienes piano en tu casa?

— Sí... Un excelente Steinway... Pero confieso que lo he tocado muy raramente.

— De ahora en adelante lo tocaré yo —prometió ella.

* * *

Cuando los invitados se hubieron despedido, a eso de la medianoche, el director y su mujer se quedaron hablando aún largo rato.

El señor Frank estaba de muy buen humor.

— ¡Cuántas cosas han sucedido aquí en los últimos tiempos! Tenemos unos chicos y unas chicas tan llenos de ideas. Hay que reconocer que la idea del Comité femenino da resultados excelentes

casi siempre.

La señora Frank le miró:

— ¿Qué quieres decir?

— Estaba pensando en que no nos será fácil reemplazar a Benedikte — respondió el director —. Es una profesora sensacional. ¡Pero hay que conformarse con el cambio!

— ¿Qué cambio, querido?

Él la miró divertido:

— Pues... ¿acaso no hemos cambiado nuestra mejor profesora... por una piscina?



Había llovido.

Las nubes seguían desfilando por encima del paisaje. Nubes negras que anunciaban tormenta. El camino estaba lleno de charcos y los árboles despedían gotas cuando Puck y Annelise franquearon la puerta de entrada del pensionado de Egeborg para dirigirse a la Gran Granja, donde vivían los padres de la segunda de las chiquillas.

Annelise, por cierto, estaba de mal humor.

— Ha sido estúpido, por parte de la señorita Holm, haberme puesto una nota tan mala —comentaba—. ¡Justo lo que necesitaba para no llegar a un promedio de aprobado este mes! Y puesta a poner malas notas, digamos que Alboroto también se lo merecía.

—

Puck no supo qué contestar. Quizá la señorita Holm había sido demasiado severa, pero cuando Annelise empezaba a agitarse en clase, su agitación se contagiaba rápidamente a toda la clase, y los profesores juzgaban prudente atajarla.

— ¿No eres de mi opinión? —preguntó Annelise, en tono de desafío—. Claro, eso no me extraña.

— ¿Por qué me hablas así? —exclamó Puck triste—. Trato de ser objetiva. Y pienso que si deseabas obtener mejor nota, debiste esforzarte un poco.

Annelise la miró colérica.

— ¡Eso no es cierto! Han cometido una injusticia conmigo.

— De ninguna manera...

— ¡Pues yo digo que sí!

— Oye, cuando hablamos en clase corremos el riesgo de recibir una mala nota y todos lo sabemos. La señorita Holm no es una profesora severa, y te consta. Si hubiera sido la señorita Fagerlund...

Annelise no respondió. En el fondo de su corazón, sabía que Puck tenía razón, pero no quería reconocerlo. Las dos amiguitas tomaron sus bicicletas y empezaron a pedalear con buen ritmo hacia la Gran Granja.

Llegaron allí a tiempo, ya que el cielo estaba totalmente oscurecido por las nubes.

En el gran salón de la casa ardía un buen fuego en la chimenea.

El propietario Dreyer estaba sentado en un butacón, mirando las llamas. Al oír pasos levantó la vista y miró a las dos muchachitas.

— ¡Hola! ¿Sois vosotras? No os esperaba. ¿A qué debo el honor?

— Venimos a montar a caballo.

— ¿Con este tiempo? —exclamó el señor Dreyer, riendo cariñosamente hacia su única hija y su amiguita.

Por el tono, sin embargo, Puck comprendió que el señor Dreyer no estaba de muy buen humor.

— Estamos aquí de todos modos —dijo Annelise, besando a su padre—. Quería pedirte si puedes adelantarme algo de dinero, de lo que me corresponderá el próximo mes...

En circunstancias normales, una petición así hubiera sido atendida sin grandes dificultades, ya que Herbert Dreyer no le negaba nada a su hija. Pero en aquel momento muchos problemas inquietaban al propietario de la Gran Granja.

— ¿Para qué lo necesitas? —preguntó.

Si Annelise, como Puck, hubiera sabido descubrir el tono irritado de su padre, se hubiese apresurado a cambiar de tema. Pero había gastado todo su dinerillo y aquélla era se única preocupación.

— Oh, para varias cosas —respondió—. ¿Cuánto me darás?

El señor Dreyer se levantó de su asiento.

— ¡Cuánto me darás! —gritó—. ¿Ya has gastado todo lo que te di? ¡Estás exagerando! ¿Acaso crees que no tengo otras preocupaciones que tus caprichos? Si te doy una cantidad fija cada mes es para enseñarte a economizar, a administrarte... No para que lo gastes a tontas y a locas.

Annelise se quedó sorprendida. ¡No estaba acostumbrada a que su padre le hablara en aquel tono!

Trató aún de convencerle:

— Sí, pero, mi querido papaíto...

Herbert Dreyer la interrumpió con un gesto:

— ¡Asunto liquidado! Es inútil que insistas — rugió —. Tengo cosas más graves en que pensar, ya te lo he dicho.

Annelise, ahora, estaba lívida de enojo:

— ¡Pero yo lo necesito y es muy injusto por tu parte...! El señor Dreyer se le acercó y abofeteó con fuerza la mejilla de su hija.



— ¡Cállate!

Annelise, completamente aturdida, miró a su padre, después giró sobre sus talones y salió corriendo. Puck, que había asistido a la escena, trató de seguirla. La alcanzó cuando la hija del señor Dreyer estaba ya montando en bicicleta.

— ¡Ven! —le dijo—. ¡Vámonos de aquí en seguida!

Y ambas empezaron a pedalear hacia la carretera.

En aquel momento apareció en el umbral de la entrada el señor Dreyer.

— ¡Annelise! —gritó—. Espera un poco...

— Vamos, vamos —apremió Annelise—. No le escuchemos.

Puck titubeó un poco y quiso protestar. Pero conocía lo bastante a su amiga como para saber que era inútil contradecirla cuando se hallaba en aquel estado.

— ¿No crees que deberíamos obedecer a tu padre, Annelise? — dijo

— Ve tú si quieres y déjame tranquila con tus sermones □repuso Annelise, furiosa—. Tú eres como los demás, te alegras de que las cosas no me vayan bien.

Y pedaleó con tanta energía como le fue posible. Los charcos salpicaban sus piernas, aunque ya había dejado de llover. De todos modos los negros nubarrones seguían flotando encima de sus cabezas.

Puck deseaba con todo su corazón llegar a la escuela, donde trataría de hablar con calma con Annelise, que, a pesar de su carácter difícil, era una chiquilla encantadora, leal y generosa, muy capaz de reconocer sus errores..., cuando se calmaba.

La siguió de cerca, pues, y así fue testigo de los acontecimientos que tuvieron lugar y que tan importantes habían de ser para ambas.



Llegaron a una curva que desembocaba en la entrada del pensionado de Egeborg.

Pero Annelise, que no se sentía con ánimos para encerrarse en la escuela, siguió pedaleando por la carretera, hacia el bosque del Oeste, y de allí hacia el lago que había al otro lado del bosque del Sur.

Puck miraba las nubes rebosantes de lluvia. Si empezaba a llover, las dos se quedarían empapadas. Pero no quería abandonar a su amiga, que estaba pasando un mal momento.

Se acercaban entonces a la pequeña granja de Iversen, muy bien cuidada, con un lindo jardín y un huerto que lindaba con las propiedades de la Gran Granja. Puck vio a un muchachito de cinco

o seis años que salía de la casa. Llevaba un impermeable de plástico y en la mano un barquito que, con grandes precauciones, depositó en un charco.

También vio en el mismo momento acercarse un camión. Se apartó para dejarlo pasar, pero Annelise no parecía dispuesta a hacer lo mismo. Zigzagueó en medio de los charcos, hasta que estuvo frente de la casa. El camionero hizo sonar el claxon. Pero la chiquilla testaruda no comprendió que apenas le quedaba tiempo para apartarse y, para evitar el camión, se vio obligada a pasar por el charco donde jugaba el chiquillo. El camión pasó junto a ella, y Puck se sintió salpicada de arriba abajo. La rueda delantera de la bicicleta de Annelise pasó por encima del barquito de juguete y su pequeño propietario gritó con todas sus fuerzas. ¡El lindo barquito quedó totalmente destrozado!

Puck descendió de su bicicleta apresuradamente.

— ¡Annelise, espera!

El primer movimiento de Annelise fue el de acelerar aún más, pero titubeó y acabó bajando de su bicicleta. El muchachito lloraba de tal modo que partía el corazón.

— ¿Por qué juegas así en medio de la carretera? —le gritó Annelise—. Es culpa tuya.

Puck la miró con irritación. Su actitud no era justa ni razonable. La única responsable de lo sucedido era Annelise. ¿Por qué, pues, no reconocerlo?

— ¡Ella ha roto mi barco! —gritó el niño a pleno pulmón—. ¡Ha roto mi barco!

Se inclinó para recoger los pedazos. Puck le dijo:

— Te daré uno nuevo. No llores.

Se oyó abrirse una puerta y, alzando la mirada, vio al granjero que se les acercaba.

— ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

— ¡Me ha roto el barco! —gimió el niño abrazando la pierna del granjero—. ¡Ha pasado por encima con su bicicleta!

— ¿Quién ha sido? —preguntó el granjero.

Annelise se le enfrentó:

— He sido yo —declaró—. Y no es culpa mía. ¡No tenía por qué jugar en la carretera!

El granjero la miró asombrado por la insolencia de la

muchachita.

— No digo que lo hayas hecho exprofeso —contestó con tranquilidad—, pero me pregunto por qué te hallabas en el lado izquierdo de la carretera.

— Se acercaba un camión y me he visto obligada a desviarme.

El granjero inclinó la cabeza:

— Lo he visto por la ventana, pero no he conseguido darme cuenta de cuándo has pasado por encima del barquito. Cuéntamelo.

El niño seguía llorando y Annelise le miraba con creciente irritación.

— Este crío estaba sentado en medio del camino, jugando □dijo.

— Eso no es cierto — dijo el granjero —. Jens Christian estaba agachado junto a la hierba de la cuneta. Y vosotras os dirigáis hacia el sur. Por tanto, vuestras bicicletas hubieran debido circular por el otro lado. Y la de una de vosotras — se volvió hacia Puck—, ya lo hacía. Pero tú no. ¿Qué ocurrió después?

No tengo por qué darle explicaciones — dijo Annelise levantando su nariz impertinente y arrogante—. Ha sido un incidente debido al azar. Si ese niño no hubiera vagado por la carretera, no hubiese sucedido. Usted debería educarle mejor.

— Tus impertinencias no arreglan nada, jovencita —dijo con calma el granjero.

— ¡Vamos, Puck! — gritó Annelise entonces saltando al asiento de su bicicleta.

Y quiso salir disparada, pero la enérgica mano del granjero la detuvo.

— ¡Un momento, muchacha! — dijo con voz dura.

Annelise gritó y quiso soltarse, pero no pudo.

— ¿Puedo pedirte que me des una explicación amistosa? □preguntó el granjero tratando de no perder la paciencia.

Pero se notaba por su rostro congestionado que el bueno de Iversen estaba a punto de estallar.

— ¡Suélteme! —chilló Annelise—. ¡Le contaré a mi padre lo mal que usted se está portando conmigo!

— Annelise...

Puck quiso protestar, pero fue en vano. El niño seguía a un lado del camino con su juguete roto en la mano. Miraba con ojos redondos de asombro al granjero y a Annelise.

— Primero rompes el juguete del niño — comentó el hombre—, y luego te muestras impertinente conmigo. ¡Voy a darte una lección!

¡Y le dio una buena azotaina!

Annelise no soltó un solo grito, limitándose a mirarle con ojos llenos de rencor. Sus labios temblaban, y se estremecía de pies a cabeza desafiante.

Pero ninguna fuerza del mundo le hubiera hecho cambiar de actitud. Al cabo, Iversen la soltó.

— Espero que eso te sirva de lección —dijo.

Después giró sobre sus talones.

— Ven, Jens Christian — dijo tomando al pequeño de la mano.

Un instante después, ambos habían desaparecido en el interior de la casa.

— Regresemos al pensionado — dijo Puck —. O, si quieres, antes descansaremos un poco en el bosque. Vamos, Annelise...

Dijo ésto en tono suplicante. La situación era penosa y Puck se sentía terriblemente desolada. Tenía ganas de llorar. Pero comprendía que era necesario que conservara la calma y sangre fría.

— Ven —repitió.

Annelise no había apartado la vista de la puerta de la granja.

— ¡Me las pagará! — gruñó entre dientes.

Pero tomó su bicicleta por el manillar y siguió a Puck.

Al cabo de unos pasos, ambas montaron y se adentraron en el bosque, pasando por delante de la casa del guardabosques Bang para dirigirse al lago Ege.

Ninguna de las dos decía palabra.

Reclinaron las bicicletas sobre un tronco y fueron a sentarse un poco más lejos, una al lado de la otra.

Los labios de Annelise temblaban aún. Súbitamente, Puck no pudo resistir más y estalló en llanto. El miedo y la emoción la habían quebrantado. Ocultó el rostro entre sus manos y se abandonó a su pena.

— ¡Ah! —suspiró al cabo—. ¡Qué horrible ha sido! ¿Por qué no has querido excusarte ante el niño? Hubiera sido mucho mejor... y más justo...

Annelise no respondió. No sabía cómo defenderse.

— ...Ya que ha sido culpa tuya —concluyó Puck.

Observó a su amiga de reojo y vio que seguía mirando al lago. Se comprendía que la muchachita estaba presa en contradictorios sentimientos.

— No, no es culpa mía — dijo finalmente —. No. ¡Me exaspera que tú digas semejante cosa!



Se levantó.

— Durante todo el día has estado atosigándome — prosiguió con voz estridente—. Cuando papá no ha querido darme dinero, cuando la señorita Holm me ha puesto mala nota... ¡Vete, no quiero volver a hablarte!

Asombrada, Puck miró a su amiga.

— Annelise, domínate... ¿Has perdido la cabeza?

— Sí, ya lo ves. ¡La he perdido completamente!

Tuvo un momento de violencia, en que pareció que iba a abofetear a Puck, pero consiguió dominarse y salió corriendo en busca de su bicicleta. Un momento después pedaleaba con fuerza en dirección norte.

Puck la siguió largo rato con la mirada. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Se las secó. De nada servía lloriquear de aquel modo. Tomó su bicicleta y se encaminó hacia la escuela.

* * *

Cuando Puck salía del bosque e iba a entrar en la puerta cochera del pensionado, vio al señor Herbert Dreyer, que iba hacia ella.

Llevaba un impermeable abrochado hasta el cuello y su sombrero hundido hasta las orejas.

Sostenía un bastón y caminaba a un paso poco acostumbrado en

él.

— Espera —gritó al ver a Puck, quien se apresuró a ir a su encuentro.

El rostro del señor Dreyer tenía una grave expresión. Dijo:

— ¿Dónde está Annelise?

— No sé —dijo Puck—. Ha ido a dar un paseo por el bosque.

— Hum...

El señor Dreyer observó a Puck atentamente.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Os habéis peleado? Parece como si tú...

Se detuvo.

Instintivamente Puck se pasó una mano por los ojos.

Dijo:

— ¿Peleado?... No, espero que no, pero...

— Pero ¿qué?

— Annelise no está hoy de muy buen humor.

— Por eso he venido —dijo el señor Dreyer—. Siento que se haya ido de casa como lo ha hecho y su madre quiere que le hable. Me doy cuenta de que he sido un poco brusco, pero tengo preocupaciones en estos momentos, y ella me hablaba en un tono... En fin; cuéntame qué ha pasado desde que os fuisteis de la Gran Granja.

Puck le miró, completamente confusa. Lo pasado era ya bastante enojoso sin que el señor Dreyer interviniera.

— Bien... —dijo el señor Dreyer impaciente—. Conozco el temperamento de Annelise. Hoy estaba muy enervada. ¿Por qué habéis disputado?

Puck dudó todavía un poco, y luego empezó a contar los penosos incidentes que acababan de sucederse.

— No hemos tenido suerte —comenzó—. Y ante la casa del granjero Iversen nos ha sucedido un pequeño accidente... molesto. La bicicleta de Annelise, sin querer, ha pasado por encima de un barquito con el cual jugaba un niño, y el granjero se ha enojado.

— ¿Un barquito? ¿Un niño?

— Sí, junto a la carretera. El niño se llama Jens Christian.

— El granjero no tiene ningún hijo llamado así —objetó el señor Dreyer.

— Se tratará entonces de algún familiar. Yo no lo había visto nunca.

— Continúa...

Puck contó como pudo lo que había pasado. Trató por todos los medios de disculpar a Annelise e hizo un relato tan anodino como le fue posible.

Con el ceño fruncido, Dreyer la escuchaba:

— Así, pues, el granjero ha dicho que la culpa era de Annelise....
Y ¿qué más?

— Oh, nada serio...

Puck no tenía el menor deseo de decirle al señor Dreyer que el granjero había pegado a Annelise, ya que le constaba que eso le pondría furioso.

— Cuéntamelo todo — exigió —. Me doy cuenta de que me ocultas algo.

— Es que... Iversen ha... pegado un poco a Annelise.

— ¿Cómo? ¿La ha pegado?

— Bueno, pegado del todo no, la ha sacudido un poco, diciéndole: «¡Empiezas por destrozar el juguete del niño y acabas por ser insolente conmigo!»

Puck se dio cuenta de que los ojos del señor Dreyer despedían destellos de ira.

— ¡Ya le enseñaré yo —gruñó entre dientes—, ya le enseñaré a ése...!

Y sin otra explicación salió disparado hacia la casa del granjero. Puck se quedó en su sitio y se sentía tan triste que no fue capaz de seguirle. El señor Dreyer se alejaba con paso rápido, sin molestarse en evitar los charcos. Puck hubiera querido correr a su encuentro y explicarle que, en cierto modo, el granjero había tenido razón al enojarse. Annelise le había provocado, le había llevado al límite de su paciencia. Pero ¿cómo hacérselo entender a Herbert Dreyer? El hombre no la escucharía.

* * *



No, Herbert Dreyer no la hubiera escuchado. Mientras Puck, sombrío, regresaba a la escuela, el propietario Dreyer llegaba a casa del granjero y llamaba a la puerta.

El granjero en persona le abrió.

— Buenas tardes, señor —le dijo, con calma—. Pase, pase...

— No, gracias —dijo Dreyer—. Vengo a hablarle de un asunto grave. Si no estoy mal informado, usted le ha pegado a mi hija hace un rato.

Iversen dudó.

— ¿Es cierto? — preguntó enojado Dreyer.

— Es cierto. Pero no le he hecho daño. Sólo la he sacudido un poco porque se ha comportado con una insolencia increíble.

— ¿No sabe usted que nadie tiene el derecho de castigar a los hijos de los demás? Tengo, pues, razones para estar enojado.

— Yo también tenía razones para estarlo con su hija — afirmó Iversen —. Primero, ha roto el juguete de un niño. Luego, se ha negado a disculparse. Y se ha mostrado impertinente. Entonces la he sacudido un poco. Si he hecho mal, lo lamento. ¡No es de extrañar que haya perdido un poco la cabeza!

— ¿Confiesa usted que ha perdido la cabeza? —inquirió, mordaz, Herbert Dreyer.

El granjero sonrió:

— Sí, Dios lo sabe. Me sentía furioso. Todas las cosas tienen su límite y una chiquilla de la edad de la suya no está en su derecho de mentir y ser tan impertinente con las personas mayores. He querido darle una lección, eso es todo.

Las cejas de Herbert Dreyer se fruncieron más todavía:

— ¡No necesito que nadie le dé lecciones a mi hija! — gruñó—. Y me pregunto cómo se atreve usted a hablarme de este modo. Annelise es una chiquilla encantadora y bien educada. Admito que

haya roto el barco y yo compraré otro al niño. Pero de todos modos, los jóvenes ciclistas tendrían que poder circular por las carreteras sin ser molestadas por mocosos que juegan en los charcos.

— ¿Mocoso? —exclamó Iversen enojado—. ¿Acaso he llamado yo mocosa a su hija?

— ¡Es inútil que trate de volver las cartas, Iversen! Soy yo quien está enojado, no usted. Y exijo que se disculpe, de lo contrario...

— De lo contrario, ¿qué?

Dreyer no contestó. El granjero prosiguió en tono desdeñoso:

— No pienso disculparme de nada. Si hubiera justicia en este mundo, es su hija quien tendría que pedir perdón, no yo. ¡Adiós!

Y cerró la puerta. El señor Dreyer miró la puerta con aire perplejo; después dio media vuelta y se dirigió hacia su casa.

Estaba furioso.

¡Había tenido un día terrible, sí, terrible! Para empezar una de sus mejores vacas se había puesto enferma, y el veterinario al verla se había quedado perplejo. ¿Se trataría de una epidemia? ¿Se contagiaría el resto del ganado?

Después el correo le había traído una carta del Departamento de Estado en la que se le comunicaba que, debido a una ampliación de la carretera, deberían serle expropiadas una parte de sus mejores tierras. ¡Pero él protestaría, claro está! Aunque, ¿cambiaría por eso de opinión el Departamento de Estado?

Aquel problema lo había estado inquietando sin cesar desde la lectura de la carta. A continuación, el incidente con Annelise había aumentado su mal humor. Pensándolo bien, si le hubiera dado el dinero que ella pedía, no se hubiera ido enojada y...

La penosa escena con el granjero Iversen le atormentaba. ¡No permitiría que las cosas quedaran así, desde luego! ¿Cómo aquel hombre se había atrevido a levantar la mano contra su hija? Era inaudito, inaudito...

Herbert Dreyer estaba tan encolerizado que no acertaba a reflexionar con serenidad. Se contentaba con apretar los puños fuertemente.

Pero de pronto sonrió. No era una sonrisa alegre, sino astuta.

Volvió la cabeza y miró sus campos. Sí, claro, había una posible solución. Su mirada siguió una línea imaginaria que, viniendo de Oesterby, atravesaba los fértiles campos del granjero Iversen para

proseguir hasta la carretera, por delante del lago del sur. Aquello evitaría que la ampliación de la carretera se hiciera por el lado de la Gran Granja... ¡y él, Herbert Dreyer, resolvería dos problemas a la vez!

Empezó a caminar con vivacidad. Deseaba llegar a su casa y telefonar a un miembro del Departamento de Estado, a quien conocía.

¡Había tenido, verdaderamente, una idea magnífica!



Justo antes de la comida, Navio se acercó a Puck y pasó su brazo por debajo del de su amiga.

— Oye, Puck, ¿qué tiene Annelise? —preguntó en voz baja—. Es imposible sacarle una sola palabra en el día de hoy. ¿De nuevo hace el tonto?

Puck se encogió de hombros.

No deseaba hablar de lo sucedido en medio de tantas compañeras. Pero, cuando las cuatro habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas» estuvieron solas, puso a Navio, Inger y Merete al corriente de la situación, contándoles lo que acababa de suceder.

— Me pregunto —dijo al cabo—, si yo hubiera debido actuar de otro modo. Pero hay algo de lo que estoy segura: estoy muy preocupada y haría cualquier cosa para remediarlo.

— No será fácil —dijo Inger—. Conocemos bien a Annelise. Una vez metida en una situación, no hay medio de sacarla.

— ¿Te parece a ti, Inger, que he obrado mal?

Puck daba mucha importancia a la opinión de Inger, debido a su carácter reflexivo.

— No podías hacer otra cosa.

— Estoy de acuerdo —concordó Merete.

— Sin ninguna duda — dijo Navio.

— Annelise se ha comportado muy mal —declaró Merete—. Está demasiado mimada... Conozco el asunto por experiencia personal.

— Pero es una buena chica en el fondo — dijo Inger —. Lo que ocurre es que hoy ha tenido un mal día.

— Si pudiéramos ayudarla de un modo u otro... —suspiró Puck.

— Sería interesante saber cómo han ido las cosas entre el granjero Iversen y el señor Dreyer — observó Inger.

— Probablemente, mal —comentó Puck—. Había electricidad en el aire. El padre de Annelise, siempre tan calmado, estaba pálido de rabia.

Inger suspiró a su vez.

— Tarde o temprano lo sabremos.

* * *

Aquella tarde, el señor Dreyer estuvo muy ocupado. Escribía una carta tras otra y sostenía largas conversaciones telefónicas.

Inclinado sobre un plano de su propiedad, tomaba medidas y hacía cálculos. La señora Dreyer había comprendido que se trataba de una cuestión de expropiación pero, conociendo a su marido, sabía que era inútil intervenir por el momento.

De todos modos, y viendo la expresión airada con que trabajaba su esposo, trató de intervenir cautelosamente.

Dejó en la mesa el libro que estaba leyendo y dijo:

— Herbert, ¿estás seguro de que lo que has decidido está bien?

Herbert Dreyer levantó los ojos de su trabajo.

— ¿Qué quieres decir con esto? —exclamó con voz áspera—. ¿Acaso dudas de mi capacidad para tomar decisiones?

La señora Dreyer quiso responder. ¡Ella sabía que cuando su marido o su hija estaban enojados se dejaban arrastrar fácilmente por su fuerte temperamento! Pero se retuvo a tiempo.

— No, claro —dijo simplemente—. Por otra parte, ya casi es hora de cenar. Voy a acabar de leer este capítulo que tengo empezado.

Y volvió a tomar el libro, mientras su marido la miraba.

* * *

Los muchachos habían invitado a algunas chicas a un torneo de ping-pong, que debía tener lugar en el refectorio, después de la cena.

Alboroto se vanagloriaba de ser el vencedor del campeonato que había jugado el pensionado de Egeborg con equipos vecinos. Y atormentaba a Puck para que ésta aceptara enfrentarse con él. Pero Puck había estado tan ocupada que nunca encontraba el momento libre para ello. No había tenido aún ocasión para entrenarse cuando, por fin, decidió aceptar el reto de Alboroto, aunque tenía el presentimiento de que, por mucho que se esforzara, sería derrotada.



Por el momento, tenía incluso deseos de volverse atrás, pero una promesa era una promesa, aunque su humor no estuviera para ping-pong, sino absorto en el problema de Annelise.

— Vamos —decía Alboroto impaciente—. Decídetes. ¿Quieres empezar tú o lo hago yo?

— Como quieras.

—Sírvete la primera — dijo Alboroto tomando su pala.

Puck jugó bien en el primer servicio. La pequeña pelota de celuloide pasaba como un rayo por encima de la red verde. Alboroto la devolvía con elegancia y seguridad, y Puck comprendió desde el primer momento que estaba derrotada.

En el mismo refectorio, otra pareja jugaba en una mesa vecina, y muchos chicos y chicas se habían reunido allí como espectadores.

Alboroto ganó el primer juego, pero Puck empezaba a animarse. Considerando que su joven adversario seguía un juego muy estudiado, empezó a espiar sus defectos. Sin embargo, Alboroto ganó también sin esfuerzo el segundo juego.

— ¡Alboroto ha ganado! —gritó Navio.

— Aún no —dijo Alboroto—. ¿Crees que se trata de un partido banal? Jugaremos a cinco sets, y es preciso ganar por lo menos tres para obtener la victoria. ¿Estás de acuerdo, Puck?

— ¡Totalmente! ¡Vamos allá!

Puck empezaba a sentirse en forma. Los dos sets perdidos le daban combatividad. Ignoraba si le quedaba la menor posibilidad

de ganar, pero al menos, se decía, no dejaría que Alboroto ganara sin esfuerzo.

Se divertía locamente. Su servicio tuvo garra. Alboroto perdió un punto.

— Uno a cero — murmuró Navio.

Era la primera vez que se anotaba una victoria. Se sirvió la segunda pelota, pero esta vez no rebotó en la mesa.

— ¡Fuera!

— ¡Uno a uno!

Puck volvió a servirse. La pelotita iba y venía por encima de la red cada vez a mayor velocidad. Puck, de pronto, se sintió muy segura de sí misma. Era un juego maravilloso. Un juego que exigía percepción ultrarrápida y reflejos más rápidos aún.

El interés de los espectadores se centraba sobre todo en Alboroto y Puck. Alboroto jugaba con brío, pero su confianza iba disminuyendo. Pronto estuvieron empatados en veinte a veinte.

El momento era fatídico.

Un punto más, y Alboroto ganaría el tercer set, con lo cual quedaría vencedor del torneo.

Le tocaba servirse al muchacho. Puck entornó los ojos. No estaba inquieta. Una vez entablada la lucha, dejaba de sentirse nerviosa. Le sucedía lo mismo en una carrera a caballo, o de atletismo.

Alboroto se sirvió. Con brío. Con atrevimiento.

Pero Puck ya estaba ahora acostumbrada a la manera de jugar de su adversario. Y continuaba tranquilamente devolviéndole la pelota. No quería correr riesgos, ya que el instante era decisivo.

De pronto Alboroto le envió una pelota con tanta furia, que estuvo seguro de que Puck no la recogería; pero ella lo hizo y la devolvió con tal rapidez que tomó a Alboroto descuidado.

— ¡Empate a veintiuno!

Puck sacudió la cabeza para apartar de su frente el flequillo sudoroso. ¡Buf!, estaba sudando...

La siguiente pelota estaba ya en camino.

Puck ganó otros dos puntos casi sin esfuerzo. Alboroto estaba visiblemente turbado. El nerviosismo iba ganándole. Luchaba con valor, pero Puck consiguió ganar el cuarto set.

Estaban, pues, iguales.

— ¡Oh, esto es formidablemente palpitante! —se oyó exclamar a

Navio.

De los dos, indudablemente Alboroto era el mejor jugador, pero en un juego como el ping-pong los nervios juegan un papel importante.

Puck no jugaba mal, pero no hubiera conseguido estar a la altura de su adversario si Alboroto no hubiera ido perdiendo confianza en sí mismo, ante el terror que significaba para él la idea de ser derrotado por «una chica».

Puck miró a Alboroto a los ojos y rió:

— Bien, hijo mío, ahora ha llegado el gran momento.

La muchachita se sentía feliz y libre. El juego la había liberado de todos sus tristes pensamientos. Participaba en el encuentro con todas las fibras de su ser.

De nuevo estaban empatados.

— Dieciséis a dieciséis.

Alboroto, rojo de excitación, agitaba nerviosamente la pala en su mano. Cavador, que seguía cada movimiento sin perder detalle, le silbó para calmarle:

— Guarda la calma, campeón — precisó.

Alboroto le miró de reojo y vio la sonrisa animosa de su compañero. Algunos profesores habían llegado a la sala y seguían el torneo con interés.

Puck se sirvió. Alboroto devolvió la pelota, y Puck envió una nueva pelota a su adversario que le dejó perplejo, no pudo recoger, y la chiquilla ganó un punto.

— Diecisiete a dieciséis.

De nuevo le tocaba el turno de servicio a Puck. Jugó con gran prudencia y Alboroto devolvió la pelota sin pena, y de un modo tan elegante que le valió aplausos y hurras. Puck acusó el desafío y lanzó entonces una pelota que tampoco Alboroto pudo encajar.

— Dieciocho a dieciséis.

Bastaban ya sólo tres puntos más para que Puck ganara la partida.

Alboroto comprendió la gravedad de la situación. Hasta entonces había conservado una ventaja que le permitía estar relativamente tranquilo, pero ahora Puck podía muy bien derrotarle. Los espectadores estaban como hipnotizados por el ir y venir de la pelota.

Servicio. Todo iba bien. Los jugadores demostraban un creciente ardor. Alboroto, sin embargo, ardía de nervios, lo que le valió a Puck un nuevo punto.

— Diecinueve a dieciséis.

Un murmullo se alzó de en medio de los espectadores.

Puck les echó una mirada furtiva, y vio al director Frank entrar en la sala, acercarse a Annelise y ponerle una mano en un hombro. Annelise volvió la cabeza, y Puck pudo darse cuenta de la mirada alocada de su amiga.

— ¿Dispuesta, Puck? —dijo Alboroto impaciente.

Puck dudó un instante.

— ¿Por qué te has quedado así como un pasmarote? —se enojó el muchacho—. ¿Estás lista o no?

Puck sacudió la cabeza. El encanto estaba roto. Sus preocupaciones la invadieron de nuevo. El problema de Annelise pasaba a ocupar el primer lugar.

— Perdona —dijo, turbada—. Estoy lista...

— Entonces, juguemos.

Una cierta inquietud corrió por el ánimo de los espectadores. ¿Qué le pasaba a Puck? Sí, ¿qué le pasaba? No pudo recoger la pelota fácil y Alboroto marcó un punto.

— Diecinueve a diecisiete.

Alboroto se sirvió.



Pero Puck continuó jugando como si sus pensamientos se hallaran en otra parte. Sus golpes eran inseguros, y Alboroto tenía el triunfo fácil.

Diecinueve a dieciocho. Empate a diecinueve. ¡Veinte a

diecinueve!

— ¡Uf, ya está! — exclamó Cavador, y en aquel momento Alboroto envió una última pelota a Puck, que ésta tampoco recogió, y fue a dar al otro extremo de la sala.

— ¡Veintiuno a veinte!

— Vaya, Puck —suspiró—. Confieso que me has asustado.

Puck le sonrió, pero su mirada estaba distraída. Su voz carecía de entusiasmo. Sus pensamientos se encontraban en el despacho del director, donde Annelise, probablemente, estaba rindiendo cuentas de su conducta para con el granjero Iversen. Éste sin duda había ido a quejarse al director. El asunto se complicaba por momentos.

Y Puck no veía ninguna posibilidad de ayudar a su amiga.



Los grises nubarrones seguían planeando sobre el paisaje. El tiempo era desapacible, y Puck pensaba que estaba acorde con la situación.

Se sentía muy preocupada, cuando salió del refectorio y cruzó el vestíbulo. Annelise seguía siendo el centro de sus pensamientos. La cólera violenta del señor Dreyer le había probado que las cosas contenían más materia explosiva de la que había imaginado. Y, para colmo, ahora el director se había mezclado en el asunto.

Puck se hallaba a media escalera cuando la voz del señor Dreyer llegó hasta ella a través de la puerta entreabierta del despacho del director.

— Sí, sí, señor. Usted puede decir lo que quiera, pero yo no cambiaré de opinión.

Puck, que se sintió indiscreta, se apresuró a subir la escalera, en el mismo instante en que el señor Herbert y el director salían del despacho. Se inmovilizó, para no ser vista, y se encontró en la

desagradable situación de tener que escuchar una conversación que no le estaba destinada.

— ¿Qué quiere usted, señor Dreyer? —dijo el señor Frank con calma—. El granjero se ha dirigido a mí, y estaba en su derecho de hacerlo. Tengo que estar al corriente de lo que les sucede a mis alumnos. Así que le estoy agradecido. Por otra parte, no puedo olvidar las desagradables escenas que me ha contado.

— Según parece — dijo mordaz el señor Dreyer —, usted se pone de su parte.

El señor Frank respondió con calma:

— Me pongo sólo de parte de la escuela. Es mi obligación que nadie pueda quejarse de la educación que los alumnos reciben aquí. Me asombra que usted no lo comprenda.

— No le reprocho que vele por sus intereses — dijo irónicamente el propietario Dreyer—, pero siendo como soy el padre de Annelise, no veo por qué tiene usted que intervenir en este asunto. Yo me ocuparé de él personalmente, así como de cuanto concierne a mi hija.

Hubo una corta pausa, tras la cual el director dijo, ante la angustia de Puck, que lo estaba oyendo.

— Si tal es su manera de pensar, no comprendo la razón de tener aquí a su hija. Yo había creído entender que, precisamente, la puso usted en Egeborg porque ella necesitaba disciplina y la compañía en plan de igualdad de los demás alumnos.

— Sí, desde luego — comentó Dreyer, dudoso —. Pero si usted y yo no conseguimos ponernos de acuerdo en este asunto, me veré obligado a pensar en la conveniencia de enviar a mi hija a otro colegio.

—Me parece bien — dijo el director.

—Hasta la vista — se despidió el señor Dreyer.

— Hasta la vista —contestó el director.

La puerta se cerró y el director regresó lentamente a su despacho, mientras Puck, con pasos apagados, siguió subiendo la escalera.

La cabeza de la muchachita hervía de encontrados pensamientos. ¡Las cosas estaban tan mal que Annelise corría el riesgo de irse de Egeborg!

Imposible equivocarse sobre la gravedad del asunto, después de

haber oído el intercambio de frases violentas entre los dos hombres.

Puck estaba perpleja. ¿Qué hacer? Se estiró en su cama, con la mirada perdida en el vacío.

La puerta se abrió, y entraron Inger, Merete y Navio.

— ¡Has estado formidable! — dijo Navio con entusiasmo—. Alboroto se ha visto apurado en más de una ocasión. Y ¿sabes qué pienso...?

Se calló y miró a Puck fijamente.

— ¿Estás enfadada por haber perdido? —exclamó sorprendida.

Puck se sentó en la cama. Sonrió, sacudió la cabeza.

— No, eso nada me importa. Alboroto ha merecido su victoria.

— Entonces, ¿qué tienes? — preguntó Merete.

— Dejad tranquila a Puck —intervino Inger—. Está en su derecho de querer reflexionar un poco.

Puck la miró con agradecimiento.

— Es que — dijo luego —, ya os he contado que estoy muy inquieta por lo de Annelise... Y las cosas se complican por momentos.

— El director la ha llamado a su despacho — dijo Navio—. Ya lo sabemos. ¡Y debe de haberle dado una buena regañina!

— Lo cual agravará aún más el mal humor de Annelise — comentó Inger—. Pero me parece que Puck quiere decirnos algo, ¿verdad?

— Sí — dijo Puck —. Escuchadme con atención.

Y puso a sus tres amigas al corriente de la situación y repitió la conversación entre Dreyer y el director. Las muchachitas la escucharon gravemente, e Inger dijo:

— Es tiempo de que tratemos de hacer algo. De lo contrario, perderemos a Annelise... Y eso será desolador.

— Naturalmente — dijo Merete —. ¡No queremos perderla por nada del mundo!

Puck reflexionó un instante:

— Creo — dijo al cabo — que debemos empezar por el granjero Iversen.

— Hum, hum —gruñó Navio.

— Sí, estupendo. Le convenceremos. Y después que Annelise se las arregle con su padre. En realidad, Iversen necesita que le comprendan y el niño que le consuelen. ¿Qué os parece si le

pedimos a Alboroto y Cavador que construyan un barquito?

— Excelente idea — dijo Navio —. Vamos a buscarles ahora mismo.

Salieron precipitadamente y poco después estaban de regreso con los dos chicos.

Alboroto estaba de excelente humor por haber obtenido la victoria en el partido de ping-pong. Dio un golpecito amistoso al hombro de la muchachita.

— Has encontrado por fin la horma de tu zapato, ¿eh?

— Sí —dijo Puck—. Aunque, no cantes victoria tan pronto. ¡Un día de éstos te inflingiré una tremendísima derrota!

— ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alboroto.

— Nada, nada... Recuerda que mis amigas y yo siempre acabamos por venceros a Cavador y a ti.

— ¡Ni una palabra más! — gritó Alboroto, sonriendo —. Bien, ¿qué queréis de nosotros?

— Queríamos pedirnos si sois capaces de construir un barquito de juguete, para un niño de unos cinco años, que vive en casa del granjero Iversen. Annelise se lo ha roto con la bicicleta y queremos regalarle uno nuevo.

— Cuéntales toda la historia —sugirió Inger, y Puck entonces refirió una vez más lo sucedido aquel aciago día.

Cavador se alarmó:

— Con que ahora vosotras queréis desencadenar una contraofensiva de..., cómo diría yo, de...

— De simpatía —apuntó Alboroto—. Me parece buena idea. Y, desde luego, trataremos de construir un barquito. Pero eso necesitará tiempo.

— ¡Imposible! —dijo Navio—. Debéis tenerlo terminado esta noche.

— ¿Acaso has perdido la cabeza? Aunque, tal vez... Verás, tengo una idea...

Se levantó y salió corriendo. No tardó en regresar.

— ¿Un barco habéis dicho? —preguntó desde el umbral de la puerta.

Tenía un barco en las manos. Un bello barquito de blancas velas, con una banderita danesa en el mástil y un timón de madera, gobernado por un gracioso timonel.



— Me he acordado de que el pequeño Soeren, un alumno de primaria, tenía uno. Y acepta vendérmelo.

— ¿Por cuánto?

— Veinticinco oeres —dijo Alboroto.

— Perfecto —dijo Puck—. Yo me encargo de pagarlo. Mañana llevaré el barquito a casa de Iversen. Pero ahora es preciso que hable con Annelise sin rodeos.

* * *

Cuando Puck preguntó dónde estaba Annelise, Lone le respondió que se había ido en bicicleta a la Gran Granja.

— ¿Tenía permiso? —preguntó Puck.

Lone se encogió de hombros.

— No sé. Pero, como sea, se ha ido.

Puck consultó su reloj. Quedaban aún algunas horas antes de acostarse. Se fue en busca de la capitana de corredor, señorita Holm, y la encontró en el vestíbulo.

— ¿Deseas algo?—preguntó.

Puck asintió con la cabeza.

— Quisiera ir a dar una vuelta en bicicleta.

— ¿Adonde? —preguntó la señorita Holm, severa—. No me gusta que deambuléis por los caminos de noche. Pero si se trata de un corto paseo...

— Sí, sólo un corto paseo.

— Entonces, vete, pero ten cuidado con la hora, la circulación, el código y tu persona. Ponte un impermeable. Vuelve a llover. Y si te resfrías, tendrás que entendértelas conmigo.

Puck sonrió y salió disparada como una flecha. Tomó su bicicleta y se dirigió a toda prisa hacia la Gran Granja. Era la mejor ocasión para hablar a solas con Annelise.

En el salón de la Gran Granja había luces encendidas. Puck llamó a la puerta.

— Adelante.

El señor y la señora Dreyer estaban instalados ante la chimenea, con Annelise. La señora le sonrió ampliamente y dijo:

— Qué agradable sorpresa. Me gusta que hayas venido, así Annelise no tendrá que regresar sola a la escuela. ¿Quieres una taza de té?

— No, gracias, no quiero molestarles — dijo Puck.

No dio ninguna explicación de su venida, pero dirigió una mirada interrogadora a Annelise, quien le respondió con una mueca. Herbert Dreyer parecía irritado.

— Estábamos comentando lo sucedido con Iversen. Y puedes participar en la conversación, ya que fuiste testigo del hecho.

— Sí — dijo Puck solamente.

Y pensó: «Con seguridad soy quien más sabe acerca del "hecho", a pesar de no estar implicada en él.»

Pero tuvo la prudencia de no decirlo. La ira del señor Dreyer no parecía haberse apaciguado.

— Tengo la intención — comentaba en aquellos momentos— de llevar este asunto a sus últimas consecuencias. Si todo va como espero, Iversen no tendrá deseos de volver a meterse con nosotros. ¡Ni siquiera ocasión!

Puck no comprendió el alcance de aquellas palabras y miró interrogadoramente a la señora Dreyer.

— Mi marido quiere decir que sin duda Iversen se irá de aquí.

Puck abrió los ojos.

— ¿Se irá? Pero...

— Lo más importante es conservar la paz y la cordialidad en una comarca — dijo el señor Dreyer —. Si alguien no está de acuerdo, no tiene más que irse.

— ¿Y usted puede... forzar al señor Iversen a irse de aquí? — preguntó Puck.

— Tal vez —dijo secamente Herbert Dreyer—. Pero te ruego que no comentes esto con nadie.

Los ojos de Puck encontraron los de Annelise y ella leyó en ellos una gran conmoción y desespero. Annelise estaba visiblemente descontenta del giro que tomaban las cosas, y hubiera preferido hallar el valor de confesar que todo había sido culpa suya.

Hubo un silencio.

Puck ardía en deseos de decir unas cuantas palabras, que

conducirían a Dreyer a ver el asunto bajo un punto de vista más justo, pero no sabía cómo empezar.

□ Es una lástima para Jens Christian — dijo al cabo.

El señor Dreyer levantó la vista. La reflexión de Puck le había dejado perplejo.

□ Bueno —dijo—, podemos comprarle otro barquito, pero...

Calló unos segundos.

□ Claro que si nos acercáramos a la casa de Iversen con un barquito, nuestro gesto podría ser mal interpretado.

□ Sin embargo... —empezó la señora Dreyer.

□ Sin embargo, ¿qué? —preguntó su marido mordaz.

— Nada.

□ Yo tengo la intención de regalarle un barquito —dijo Puck—. Ya he hablado de ello con mis compañeros. Espero que no vea en ello ningún inconveniente.

— No, naturalmente — dijo el señor Dreyer, mirando a la muchachita intrigado.

Esta no se inmutó. Era necesario no irritar más al señor Dreyer por el momento.

□ Debemos regresar al pensionado —dijo Puck levantándose—. Pronto será la hora de acostarse.

Annelise se levantó también. Unos segundos después, las dos amiguitas se encontraban pedaleando camino del colegio. Ya no llovía, pero el viento era fuerte. Puck se abrochó el cuello del impermeable.

Pedalearon un rato en silencio, y luego Annelise dijo:

□ Esto... Ha sido muy amable de tu parte haber venido a buscarme.

— Bah... Lo estaba deseando.

□ Si bajáramos de las «bicis» podríamos charlar mejor.

□ De acuerdo.

Caminaron una al lado de la otra en la oscuridad. Tenían tantas cosas que decirse que no sabían por dónde empezar. Finalmente, Puck tomó la palabra.



— Estoy desolada de haberme enfadado contigo esta tarde. No quise decir que toda la culpa fuera tuya, pero...

Annelise inclinó la cabeza:

— Lo sé. Querías darme consejos. Pero yo no estaba de humor para escucharte. Espero que no estés demasiado enojada conmigo.

— Claro que no — respondió Puck —. Pero, ¿crees que tu padre tiene de verdad intención de echar de la comarca al señor Iversen? ¿Acaso no es propietario de su casa?

— Sí, lo es — respondió Annelise—. Pero se trata de un asunto de ampliación de carreteras. Papá dice que, si este proyecto va adelante, la casa de Iversen será demolida.

— ¡Es espantoso! — se lamentó Puck —. ¿Y no puede evitarse?

Annelise respondió entre titubeos:

— Papá dice que las autoridades habrían preferido hacer pasar la carretera por nuestros campos, pero papá ha elevado una protesta contra este proyecto, y ahora la carretera pasará justo por la casa de Iversen.

Hubo un corto silencio.

Puck estaba angustiada. Ella había creído siempre que el señor Dreyer era un hombre justo y generoso. Pero aquello era pura maldad.

Fue Annelise quien rompió esta vez el silencio.

— ¿No es horrible? — dijo con un ligero estremecimiento —. No puedo soportar la idea.

— Sí, es terrible — dijo Puck—. ¿No le has rogado a tu padre que desista?

— Sí, precisamente le he pedido que no echase al correo unas

cartas en las que pide el desvío de la carretera. Pero no ha servido de nada. Además, papá ha sostenido una conversación con el director Frank...

□Sí, lo sé. Por casualidad he oído parte de esa conversación, y puedo asegurarte que no se han dicho precisamente lindezas.

— ¿De veras?

Puck contó a Annelise todo lo que, sin querer, había oído.

— ¿Así que voy a ser llevada a otro colegio?

Annelise se puso a llorar.

— No quiero irme de Egeborg — dijo —. Quiero permanecer con vosotros. Pediré perdón a Iversen, ya que todo fue culpa mía. Oh, Puck... Qué desgraciada me siento... Todo acabará mal...

— No —dijo Puck—. Esperemos a ver qué ocurre mañana. Tal vez tu padre se despierte de mejor humor.

— Sí — dijo Annelise —. Pero las cartas están ya escritas y sólo queda echarlas al correo...

— Verás — dijo Puck —. Entre nueve y diez de la mañana tengo una hora libre, y la aprovecharé para ir a ver a Iversen y dar el barquito al niño. También trataré de hablarle, y si se muestra razonable, tal vez todo se arregle.

Habían llegado al jardín de la escuela.

— Vamos a acostarnos —dijo Puck—. Cuando se está agotado y nervioso, nada es mejor que un buen sueño.

— Esperemos que las cosas sean mejores mañana — dijo Annelise—. No sabes lo contenta que estoy de que no estés enojada conmigo.

— ¡No digas bobadas! —dijo Puck riendo—. Anda, sube a acostarte.



Puck tenía la impresión de que las primeras horas del día siguiente no acababan de pasar.

Su visita a casa del granjero Iversen era tan importante que a primeras horas de la madrugada ya estaba despierta.

La señorita Holm asomó la cabeza por la puerta y dijo su habitual: «Buenos días. Ha llegado la hora de levantarse.»

Puck ya estaba levantada para entonces. Sentada junto a la ventana, contemplaba el lago Ege.

Había estado reflexionando sobre cómo orientar la conversación que sostendría con Iversen. No bastaba con llegar con un lindo juguete en la mano y presentar excusas en nombre de Annelise.

En tal caso Iversen se contentaría con decir: «Gracias» y eso sería todo. Pero ella debía aprovechar la ocasión de hacer comprender al granjero que le convenía llegar a un acuerdo con el señor Dreyer, antes de que las cartas que éste había escrito para el departamento del Estado fueran enviadas.

Por fin sonó la campana y Puck corrió hacia la puerta, siendo la primera en salir. Subió los peldaños de cuatro en cuatro y entró en su cuarto, donde el barquito de vela aguardaba. Lo tomó y unos segundos después pedaleaba hacia el bosque.

El viento azotaba su rostro y jugueteaba con su pelo. Como siempre, una vez lanzada a la acción, su nerviosismo se disipaba como humo. Iversen, en efecto, se hallaba en casa. Estaba cortando madera para la chimenea, y el pequeño Jens jugaba cerca de él, cuando Puck llamó a la puerta.

El granjero se volvió y la miró. Después frunció el entrecejo y dijo:

— Hola.

— Buenos días —dijo Puck—. ¿Le molesto?

Él titubeó un poco:

— No. Pero, ¿qué deseas?

— Ayer, yo estaba con Annelise cuando...

— Sí, me acuerdo —interrumpió bruscamente Iversen—. Pero no me interesa hablar más del asunto.

— Es que yo... traigo algo para el pequeño...

—

Al oír esto, Jens levantó la mirada y vio el barquito.

— Estoy desolada de que Jens se quedara ayer sin barco - dijo

—. Fue totalmente la culpa de Annelise, pero no lo hizo adrede.

— ¡No quiero oír hablar más del asunto!

Puck le miró, aturdida. La voz de Iversen era airada y estaba llena de rencor.

Como Puck miraba a Jens Christian, el granjero dijo:

— Es el hijo de mi hermana, y por ahora vive conmigo.

— Bien —dijo Puck—, me iré sin decir nada más, si usted no quiere escucharme, pero yo había venido para arreglar las cosas. De todos modos, quisiera dar este barquito al pequeño, si usted no se opone. Él no tiene por qué ser víctima de los rencores de los mayores.

Puck tendió el juguete al granjero.

— Es un lindo barquito — dijo el granjero —. Muchas gracias. ¿Ha sido el director quien te ha dicho que me lo trajeras?

La pregunta irritó a Puck.

— No —respondió—. Ha sido por propia iniciativa. Nos hemos sentido desoladas por el incidente de ayer y hemos querido repararlo en lo posible. Si usted lo permite, Annelise vendrá a disculparse. ¿Puedo decirle que usted la recibirá bien?

El granjero la escuchaba atentamente, observando el lindo rostro apasionado de la muchachita.

— Es que el señor Dreyer... — comenzó.

Puck inclinó la cabeza.

— Sí, ya lo sé... Pero trate usted de reconciliarse con él. Quién sabe cuáles podrían ser las terribles consecuencias de una guerra entre vecinos. Usted y yo sabemos que casi toda la parte de la culpa es de Annelise, pero si ella está dispuesta a excusarse, ¿no podría usted...? ¿No podría...?

El granjero miró a Puck con interés:

— ¿Cómo te llamas, hijita?

— Bente... Pero me llaman Puck... Yo...

El granjero Iversen hizo un signo afirmativo:

— Eres una muchachita estupenda, Bente —dijo—, con el corazón en su sitio. Estoy contento de...

No dijo nada más porque entonces se escuchó el ruido de un automóvil. ¡Y un claxon que tocaba con insistencia!

Puck y el granjero salieron al patio y vieron que, por hallarse Jens Christian en medio de la carretera, el coche no podía avanzar.

El conductor, un hombre con un abrigo, bajó del coche.

— ¿Es usted el señor Iversen?

— Sí, soy yo.

— Me llamo Preben Hansen y soy geómetro.

Puck se quedó tiesa. ¿Se trataba ya de la expropiación? Oh, no, no...

— Bien —dijo Iversen—. ¿En qué puedo servirle?

Pero el señor Hansen no era de los que tienen pelos en la lengua. Dijo, sonriendo:

— No puede usted servirme en nada. He venido a estudiar el terreno. Supongo que ha oído hablar de la ampliación de carreteras que va a hacer el Estado.

El granjero le miró inquisidor:

— ¿Qué quiere decir con eso? ¿Se está burlando de mí?

Hansen sacudió la cabeza negativamente.

— Claro que no, estoy diciendo la verdad. Existen un proyecto inicial que pasa por los campos de la Gran Granja, y otro proyecto posterior que pasa justamente por este lugar.

— ¿Y de cuándo data ese segundo plan? — preguntó Iversen.

— Oh, no es un plan definido todavía. Por esta razón estoy aquí: para tomar medidas. ¿Me lo permite usted?

Iversen asintió con un gesto. Y miró a Puck.

— Con seguridad el señor Dreyer tiene algo que ver con esto — dijo el granjero.

Los labios de Puck temblaron.

— Oh, no, no es posible.

Iversen no la contradijo. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la Gran Granja.

* * *

Hay momentos en que uno quisiera poder formular unas palabras mágicas para detener el tiempo. Y Puck se hallaba en uno de aquellos momentos.

Al regresar a la escuela, montada en su bicicleta, sentía precipitarse la catástrofe.

¡Imposible intervenir para evitar el estallido entre el señor Dreyer y el granjero Iversen!

El granjero, en aquellos momentos, cruzaba los campos y se encaminaba hacia la Gran Granja para arreglar sus cuentas con

Herbert Dreyer. ¡Si ella pudiera retenerle! O si al menos dispusiera de tiempo para convencer al señor Dreyer. ¿Por qué había llegado tan inoportunamente el geómetra del departamento estatal?

Puck, entonces, se volvió y miró hacia la casa del granjero. Una espesa humareda salía del techo.

¡La casa ardía!

Puck, por aquel momento, estaba llegando a la escuela. Hasta ella llegaban los gritos y las risas de sus compañeros, que jugaban ante la gran explanada de césped que se extendía ante la fachada principal, ya que era la hora del recreo.

Puck empezó a gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Fuego, hay fuego en la granja de Iversen! ¡Pronto, telefonad a los bomberos!

Alboroto, que la oyó, respondió:

— Yo me encargo de telefonar.

Aunque la chiquilla vio a varios profesores mirarla intrigados, pensó que no disponía de tiempo para ponerles al corriente. Dio vuelta a su vehículo y empezó a pedalear con todas sus fuerzas hacia la casa de Iversen.

Su mente pensaba sólo en el pequeño Jens Christian, que debía de hallarse solo en el lugar incendiado. ¿Tal vez el pequeño habría estado jugueteando con fósforos? Era posible.

Mientras pedaleaba hacia la casa con todas sus fuerzas, vio al granjero Iversen correr hacia allá tan de prisa como podía.

Pero la chiquilla llegó primero.

En el patio, una mujer joven se desesperaba, apretándose las manos.

— Ah, Jens... Jens... ¿Dónde está? ¡La casa arde!

Había perdido totalmente el dominio de sí.

Puck echó una ojeada a su alrededor. El fuego estaba tomando proporciones gigantescas. El techo de la casa estaba ardiendo. La mujer corría de un lado al otro, como alocada.

— ¡Jens! ¡Pobre hijo mío!...

Puck no podía pedirle ayuda a ella. Y no le quedaba un solo minuto que perder.

Tomó un trapo seco que se hallaba tendido de una cuerda y lo empapó de agua en un cubo que halló ante la casa. Con él se cubrió la nariz y la boca, y se precipitó al interior de la vivienda.

A sus espaldas oyó gritar a la mujer, pero no prestó la menor atención. Franqueada la puerta, se detuvo un instante, invadida por la espesa humareda que le impedía ver y casi respirar. Una tos violenta la sacudió de pies a cabeza. De todos modos consiguió ver en el suelo un pie y una pierna infantiles. Sin duda el niño había tropezado y caído, al querer salir. Arrastrándose de rodillas y apretando el trapo húmedo contra su nariz, consiguió avanzar por el suelo hasta



asir el pie del niño. Entonces empezó a retroceder hacia la puerta, arrastrando al pequeño. Repetidamente sintió náuseas y deseos de vomitar, pero se sobrepuso con sobrehumano esfuerzo, y prosiguió su tarea, arrastrando por la pierna al niño inconsciente. Cuando estaba ya punto de desvanecerse, dos manos vigorosas la agarraron y ella supo que estaba salvada.

Cuando de nuevo volvió en sí no tenía noción del tiempo transcurrido. El fuego no se había apagado; la casa ardía por otros puntos. Y Puck estaba acostada en la hierba.

Mucha gente corría de un lado para otro, y pudo ver al director Frank, con una manguera en la mano, trabajando infatigablemente. Se levantó, sintiéndose mejor. Podía ayudar de nuevo.

Vacilando un poco, se acercó a la cadena que, formada por sus compañeros de escuela, iba desde la fuente a la casa, pasándose cubos de agua. Se colocó entre Cavador y Alboroto.

— Dejadme ayudaros — dijo.

Cavador la miró:

— ¿Estás loca?

Inger, que se hallaba cerca, añadió:

— Sería mejor que fueras a acostarte...

En aquel momento estaban llegando refuerzos. Eran el señor Dreyer con algunos hombres más, a bordo de un «jeep». El señor Dreyer bajó del «jeep» y, unos instantes después, nadie trabajaba como él. Tenía unos rápidos reflejos y una intuición notable para acudir donde más necesaria era su ayuda. Bajo su dirección, la parte principal de la granja fue inundada, para evitar una mayor propagación del incendio.

Durante horas, él e Iversen estuvieron trabajando codo a codo, para tratar de salvar las propiedades del granjero. Después de todos sus esfuerzos, Puck empezaba a sentir las consecuencias. Sus piernas temblaban, le daba vueltas la cabeza, y vacilaba. Alboroto la tomó por un brazo y la ayudó a reclinarse de nuevo en la yerba.

— ¡Uf! —dijo ella—. Me doy cuenta ahora de hasta qué punto estoy fatigada.

— No me extraña — dijo Alboroto —. Has pasado una linda mañana, amiga mía. Todos estamos muy orgullosos de ti.

— No sé por qué. Y a propósito, ¿quién me ha sacado de la casa?

— He sido yo, ¡pardiez!

Puck levantó la vista y encontró la mirada de Iversen.

— Y creo que fue ya en el último minuto — dijo, gravemente—, puesto que estabas a punto de desvanecerte. ¡Te estoy muy agradecido!

Cuando consiguió serenarse un poco y volver a mirar a su alrededor, el granjero seguía trabajando al lado de Herbert Dreyer.

Cavador corría con una silla que había salvado del fuego.

La colocó junto a Puck y dijo:

— Siéntate, si quieres.

— Gracias, pero ya me encuentro bien del todo — respondió ella, sonriendo.

Pero no era verdad. Se sentía espantosamente mal. Sin embargo, era feliz. ¡Ver a Dreyer e Iversen afanarse juntos, codo a codo, era reconfortante!

De pronto vio a Annelise a su lado.

— ¿Qué ha sido de Jens Christian? —preguntó Puck.

□Lo han trasladado a Sundkoebing, pero no tenía nada grave — dijo Annelise —. Parece ser que fue él quien prendió el fuego, jugando con fósforos junto al pajar. ¡Es un chiquillo terrible! La señora Frank le ha llevado al hospital, sólo para un reconocimiento.

También su madre está allí, ya que ha sufrido una impresión tremenda.



— Sí, ya me di cuenta. Ni siquiera se le ocurrió entrar a salvar a su hijo.

Annelise la miró intensamente y dijo:

— ¿Has visto a papá?

— Sí.

— ¿No te parece formidable lo que está haciendo?

El rostro de Annelise resplandecía de orgullo.

— Nadie, te lo aseguro, se ha sentido tan afectado al ver la casa de Iversen ardiendo.

Puck, emocionada, apretó la mano de su amiga.

— Has de saber —dijo Annelise—, que tengo intención de pedir perdón a Iversen y de suplicar a mi padre que desista de enviar las cartas escritas.

— Estaba segura de ello — dijo, emocionada, Puck.

El trabajo de los bomberos había terminado.

Pero las pérdidas ocasionadas en la propiedad de Iversen eran, sin duda, muy graves.



— ¡Aquí está la señora Frank que viene de Sundkoebing!

Puck se levantó y las muchacheas corrieron ante el coche. La

señora Frank se vio obligada a pararse lejos, ya que los coches de los bomberos habían invadido el patio.

La esposa del director echó una inquieta mirada en dirección a Puck.

— ¡Qué alegría verte llegar corriendo! —le dijo—. Estuve a punto de llevarte también al hospital, pero he comprendido que no tenías nada grave.

— ¿Cómo está el chiquillo?

— ¿Jens Christian? Muy bien. Tiene una ligera conmoción cerebral; le retendrán algunos días en el hospital. Es su madre quien se siente mal, ya que la impresión ha sido muy fuerte. ¡Ya había perdido toda esperanza de volver a ver a su hijo!

— ¿Ha confesado Jens que había estado jugando con fósforos? — preguntó Puck.

— Le ha costado admitirlo, pero al final lo ha hecho. Tenía mucho miedo de que le riñeran. Según parece, estaba muy mimado, mal criado, diría.

— ¡Sí, como lo estuvo alguien que yo me sé! — dijo Annelise sonriendo.

La señora Frank rodeó los hombros de Puck con un brazo.

— Me siento dichosa de que hayas salido bien de esto. ¡Pero nos veremos obligados a prohibirte intervenir en casos como éste! Según recuerdo, no es el primer caso de incendios en que tomas parte!

— ¡Siempre han sido casos de urgencia! — dijo Puck —. No se puede prohibir nada así.

— Lo que no comprendo es cómo has sido tú la primera en ver el incendio.

— Venía de la Gran Granja.

— ¿Y qué hacías allí en horas de clase?

— Tenía una hora libre y...

— Cuéntamelo todo.

Y Puck así lo hizo. Comenzó por el principio, sin omitir ningún detalle, salvo los que podían perjudicar a Annelise. Pero éstos los contó la propia interesada por su cuenta.

— Así es como ha pasado todo.

— En resumen, Jens Christian, después de todo, ha sido útil con sus fósforos. Y, además, todos nos hemos enriquecido con semejante

experiencia.

Colocó una mano sobre un hombro de cada chiquilla y juntas regresaron a la casa del granjero.

El señor Frank fue a su encuentro. Su esposa repitió lo que había dicho de los enfermos. El director quedó tranquilizado. Acarició el cabello de Puck, sin decir palabra.

Herbert Dreyer y el granjero Iversen se acercaron al grupo. El rostro de éste estaba preocupado, ya que se sentía inquieto por los resultados del incendio y por su hermana y sobrino. Pero las palabras de la señora Frank le tranquilizaron.

— Será necesario mostrarse más severo con ese crío —dijo—, aunque resulte difícil. ¡Es tan simpático!

Nadie le respondió. Miró entonces los destrozos causados por el fuego.

— Si al menos hubiera tenido un buen seguro —suspiró.

— ¿Cómo? —preguntó Dreyer.

— ¡Bah... nada! —respondió el granjero—. Hablaba para mí mismo. Por suerte me han ayudado mucho; de otro modo toda la casa hubiera ardido. Les estoy a todos muy agradecido. Me gustaría poder recompensar a los muchachos, pero...

— Yo lo haré en su nombre. Vamos a la escuela y serviremos refrescos a todo el mundo — dijo la señora Frank.

— Yo me quedaré — dijo Iversen—. Prefiero estar aquí. Pero gracias por todo, señora.

El señor Dreyer le tendió la mano.

— Si estrechamos con fuerza nuestras manos, me sentiré dichoso —dijo.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Iversen.

— Nada pudiera gustarme más — dijo.

Cuando Iversen se encaminó hacia la casa, Annelise se le acercó. Puck lo vio pero no pudo oír nada de lo que se decían. Al volver, Annelise estaba radiante de dicha.

— ¡Ya está hecho! —exclamó.

— Muy bien — dijo Puck, comprendiendo de pronto.

Ambas llegaron a la carretera y siguieron a los demás hacia la escuela. Sirvieron refrescos en el refectorio a todos los alumnos, mientras las personas mayores se dirigieron al despacho del director. Puck les siguió con la mirada y vio al señor Frank

invitando a pasar al señor Dreyer.

— Espero que se quede a almorzar con nosotros. Telefonearemos a su esposa para que venga también.

— Vendrá encantada —dijo riendo Dreyer—. Pero la llamaré yo mismo, si no tiene usted inconveniente. Hay algunos detalles... Unas cartas...

— ¿Cartas que hay que enviar?

— No; precisamente lo contrario.

La puerta se cerró tras ellos. Puck dio un codazo a Annelise.

— ¿Has oído a tu padre?

Annelise asintió:

— Todo se arreglará.

Después ellas entraron en el refectorio, y al verlas todos aplaudieron. Cuando al fin se restableció el silencio, Svend, presidente del consejo de alumnos, subió a una silla.

— ¿Tenéis los vasos llenos? —preguntó.

— ¡Sííííí!

— Permitidme, pues, que proponga un brindis.

Puck adivinó de qué se trataba, e interrumpió:

— ¿Puedo decir algo?

Svend la miró con asombro, pero algo en la voz de la chiquilla le hizo decir:

— De acuerdo; di lo que tengas en el corazón, ¡pero sé breve!

— Sí, trataré de ser breve —prometió Puck.

Subió a la silla y miró a sus compañeros. No estaba acostumbrada a hablar en público pero tenía algo que comunicar, y lo haría.

— Esta mañana hemos estado muy ocupados —dijo—, y estoy segura de que todos nos sentimos orgullosos de nuestra tarea.

— ¡Vamos, rápido, a los hechos! —gritó Alboroto.

— Cállate. Necesitaba un preámbulo. En realidad, tengo algo muy importante que deciros.

— ¡Dilo de una vez! —rugió Cavador—. Tenemos prisa por beber la limonada.

— Te permito beberla mientras hablo —dijo Puck, riendo—. Eso es lo que deseo contaros: cuando estaba a punto de irme de la granja, sorprendí por casualidad algunas palabras del señor Iversen. Murmuraba para sí: «Si al menos hubiera, tenido eso

convenientemente asegurado...». Es fácil comprender que Iversen tendrá gastos terribles: tanta madera quemada, tantas cosas que reconstruir... Y si, como parece, no está bien asegurado, será espantoso. Y creo que nosotros, los del pensionado de Egeborg, no podemos permanecer cruzados de brazos ante semejante eventualidad.

— ¡Tienes razón! ¡Debemos ayudarlo! —gritaron docenas de voces.

— Sí, pero ¿cómo? —preguntó Puck—. ¿Haciendo una función en su beneficio? ¿Sacando dinero de nuestra Reserva de Fondos? ¿Organizando una subasta de libros? ¿Instalando un bar en el gimnasio?

Todo el mundo intervino en el debate. Al cabo de muchas discusiones, Svend consiguió imponer silencio.

— Queridos compañeros — dijo —, creo que todos somos de la opinión de Puck, pero no estamos de acuerdo en el procedimiento. ¡Todas las ideas sugeridas por Puck son buenas y desearíamos realizarlas todas!

— ¿Y por qué no lo hacemos? —gritó Navio.

Svend se quedó perplejo:

— Sí, ¿por qué no? Un bazar con subasta de libros, una lotería, una fiesta formidable, un bar...

— ¡Maravilloso! — gritó Annelise.

— ¿Qué dirá el director? — preguntó Svend, dudoso.

— Se lo preguntaremos —dijo Alboroto—. No hay por qué rendirse sin lucha.

— Reflexionemos antes un poco — dijo Svend.

Puck murmuró a Annelise:

— No hay necesidad de reflexionar. Ven conmigo.

Y las dos chiquillas salieron sin hacer ruido.

— Seguramente conseguiré que papá contribuya con una fuerte cantidad —dijo Annelise—. Sé que le gustará ayudar... ¡Y no debemos impedirselo!

En el refectorio estalló entonces la voz de Svend:

— Bien, compañeros, propongo un viva por Puck... ¡Viva Puck!

— Sí, pero, ¿dónde está Puck?

— Se ha ido — dijo Inger.

La sala entera estalló en carcajadas, mientras Puck susurraba al

oído de Annelise:

— Es la segunda vez en el día de hoy que me libro de una buena.

Cruzaron el vestíbulo y llamaron a la puerta del despacho del director.

— Entrad...

Cuando estuvieron delante del señor Frank y las demás personas mayores, se quedaron un poco cohibidas.

— ¿Qué deseáis? — preguntó el director.

Puck respondió escuetamente:

— En nombre de todos mis compañeros, venimos a solicitar permiso para organizar una lotería, una fiesta, un concurso...

— ¿Y nada más? —sonrió el director, divertido—. ¿Para qué?

Puck explicó su idea, mientras el señor Frank la miraba con atención.

— Bien — respondió al cabo —. Vuestra idea me parece razonable. Pero debo reflexionar. Ya os daré pronto mi contestación.

— ¿Y la contestación será sí? —preguntó Puck, riendo.

— Probablemente —repuso el director—. Y ahora marchaos, hijitas.

* * *

Fue un éxito completo. Todo el mundo puso su granito de arena.

No hubo ningún profesor ni un alumno que no contribuyera con algo. Cada cual sacó de sus armarios objetos de adorno, bibelots, libros, artículos deportivos... Según comentó la señora Frank, aquélla era la limpieza más profunda hecha jamás en los armarios.

Al mismo tiempo se organizó una función teatral. Lilian Latour se encargó de la puesta en escena, con una seriedad y una profesionalidad superiores a su edad.

Svend se encargó de controlarlo todo, y varias chicas vendieron billetes para el sorteo de la lotería. Imprimieron las entradas y por fin llegó el gran día.

La única persona que no estaba al corriente de la finalidad de aquella fiesta era el granjero Iversen. Todo el mundo prometió formal secreto. Nadie sabía lo que conseguiría reunirse en dinero y no querían decepcionar al buen hombre.

Pero los miembros del comité de fiestas ya se estaban dando

cuenta de que la cantidad iba a ser importante.

Herbert Dreyer había anunciado que contribuiría con una bonita suma para redondear la recaudación. En cuanto a los habitantes del país, no se les podría acusar de falta de solidaridad. Iversen era muy popular entre ellos y todo el mundo quería ayudarle.



Una orquesta de alumnos, llena de buena voluntad, tocaría para los invitados. Se bailarían en una sala, al son de un tocadiscos. Se servirían bollos, bocadillos y refrescos.

El panadero, el carnicero, todos habían contribuido con regalos. Puck estaba atareadísima. Sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» la ayudaban cuanto podían a fin de que todo quedara perfecto.

Unos días antes de la fiesta, Alboroto se acercó a Puck durante un recreo.

— ¿No te parece buena idea la de organizar una competición y hacer pagar las entradas?

— ¿Qué entiendes tú por competición?

— Una competición de ping-pong —respondió riendo Alboroto—. Te debo el desquite, y estoy seguro de que el partido despertaría un apasionado interés.

— Sí, es una buena idea — dijo Puck, que reflexionó un poco—. Pero no sé si tendré tiempo.

— Claro que lo tendrás, si quieres.

— Bien, de acuerdo. Trataré de hallar una media hora. ¿Dónde colocaremos la mesa? ¡En una clase!

Pronto todo el mundo comentó el partido de ping-pong. Para Puck aquello representaba un incremento de responsabilidades. Consideraba a Alboroto el mejor jugador de la escuela, pero el amistoso partido no dejaría de ser interesante.

Cavador aceptó el papel de árbitro al principio, pero acabó por

rehusar diciendo que le sería muy difícil ser imparcial.

— Será mejor que elijáis a otro.

Entonces la elección recayó en Caoba, excelente jugador también, que, en el último campeonato de Egeborg, había llegado hasta la semifinal.

Alboroto y Puck debían jugar cinco «sets».

La suerte eligió a Alboroto para servirse en primer lugar. En el comienzo del primer «set», Puck trató de adaptarse al ritmo de juego impuesto por su contrincante. Estaba desbordante de buen humor y se sentía en plena forma.

Dejó que Alboroto ganara el primer «set» y se sirvió con calma. Cambiaba con frecuencia de táctica, lo que desconcertaba a su adversario, el cual tenía la debilidad de repetir sus jugadas una y otra vez.

Puck ganó el «set» siguiente, veintitrés a veintiuno; y Alboroto empezó a inquietarse.

Cometió entonces graves errores, pero acabó por ganar el «set». Los espectadores asistían encantados al encuentro.

Poco después estaban empatados. Alboroto se secó el sudor de la frente. Su nerviosismo iba en aumento. Ambos jugaban como si su vida dependiera de ello.

Alboroto no quería exponerse en modo alguno a perder su título de campeón. Los nervios de los espectadores iban también en aumento, mientras la pequeña pelota iba y venía por encima de la red.

— ¡Cielos, es palpitante! — gritó Cavador.

— Diecisiete a dieciséis.

— Diecisiete a diecisiete.

— Dieciocho a diecisiete.

— ¡Es intolerable! —gimió Cavador—. ¡Voy a romper a llorar!

Cuando empataron a veinte, Puck estaba divertidísima. Pero entonces tomó una decisión.

Alboroto era todo un pillastre, pero su rostro revelaba lo terrible que resultaría para él ser derrotado por una chica, y perder su título de campeón. Por lo tanto, si aquello era tan importante para él...

El servicio de Alboroto no fue muy brillante en aquel «set», pero Puck devolvió la pelota con desenvoltura, adrede para perder la partida.

Estaban entonces a veintiuno-veinte a favor de Puck. Y era su turno. Se sirvió con normalidad, segura de que Alboroto le devolvería la pelota de modo perfecto. Pero el muchacho, que había calculado que el tiro de Puck estaría cargado de energía, devolvió la pelota demasiado alta... ¡Y perdió el «set»!

Un grito de entusiasmo resonó en la sala. Puck había ganado la competición.

— ¡Hurra! — gritó Navio—. ¡Mil veces hurra!

Puck alargó la mano a Alboroto.

— Ha sido un golpe de suerte, Alboroto — dijo gentilmente—. Y después de todo, aún conservas el título.

— Sí, claro... En realidad eso ha sido una competición no oficial...

— Claro que sí. Ven, ahora vamos a reunimos con los otros.

Cuando, ya muy avanzada la noche, finalizó la fiesta, el señor Frank se acercó a Puck y le dijo:

— ¿Estás muy cansada? He pensado que tal vez te gustaría contar ahora el dinero.

— Oh, sí, señor, gracias — repuso Puck encantada.

Reunidos en el despacho del director, éste, su esposa, algunos profesores, el señor Dreyer, su esposa y Puck, fueron reuniendo las cajas de recaudación, llenas de monedas y billetes.

— Se ha vendido todo —dijo el director—. Ha sido un éxito.

Puck abrió cuanto pudo los ojos a la vista del montón de dinero puesto sobre la mesa. El recuento sobrepasó todas las esperanzas. El director se reclinó en su asiento:

— Estoy muy contento — dijo —. Podremos ayudar a Iversen de modo muy eficaz.

— Además, yo voy a redondear la suma — dijo el señor Dreyer.

— Eso tendrá que saberlo Iversen —dijo el director.

— De ninguna de las maneras —dijo Dreyer—. Lo que yo dé no ha de saberlo Iversen en modo alguno. Somos dos granjeros de una misma comarca, y nuestras relaciones deben desarrollarse en un plano de igualdad; lo cual no sería posible si supiera que le he hecho un donativo.

— De acuerdo. Respetaremos sus deseos.

— Lo que yo pienso es que mañana Puck debería ir a entregarle el dinero.

— Ah, no — dijo Puck —. Iversen supondría que trato de darme importancia.

— Nada de eso — dijo el director —. Estoy persuadido de que el regalo le parecerá más valioso si tú se lo das. No deja de hablar de tu valor al salvar a Jens Christian. Creo que te has ganado un amigo para toda la vida.

Puck sonrió y bajó los ojos. Sí, sería divertido ver la cara de Iversen cuando recibiera el dinero.

¡Sí, las nubes se habían disipado y todo finalizaba bien! Sí, aun cuando Alboroto no había conseguido ganar la competición y ella, ella...

— ¡Dios Santo! —exclamó entonces el señor Frank—. ¡Se ha quedado dormida!

— ¿Puedo llevarla hasta su cuarto? —dijo el señor Dreyer—. Pesa tan poco... Después la señora Frank podrá acostarla...

Levantó a Puck como si fuera una pluma y, acompañado por la esposa del director, fue a depositarla en su litera del «Trébol de Cuatro Hojas».

— Acaba de pasar unos días agotadores — comentó la señora Frank al descender de nuevo al despacho—. Bente es una chiquilla valiente y generosa, pero se apasiona demasiado por todo, y luego queda agotada. Hay que dejarla descansar.

Encendió un cigarrillo y dijo en dirección al señor Dreyer:

— Las amigas que su hijita se ha escogido son todas excepcionales, señor Dreyer.

— Lo sé —dijo éste—. ¡Jamás me congratularé bastante de la maravillosa influencia que Egeborg está ejerciendo sobre Annelise! Nunca pasaría por mi mente la idea de sacarla de aquí.

El señor Frank sonrió ampliamente:

— Siempre lo pensé así, señor Dreyer — dijo.

* * *

Al día siguiente reinó un tiempo espléndido. Puck y Annelise se encaminaron juntas a la granja de Iversen.



Habían dormido hasta la hora del almuerzo, y ahora se sentían frescas y alegres como unas pascuas. Puck llevaba consigo la bolsa del dinero recogido, una fuerte suma.

— Será divertido ver qué dirá Iversen — comentó Annelise.

— ¿Qué quieres que diga, sino gracias? — comentó Puck —. Lo más divertido es que él también participó en la fiesta de ayer y dio su donativo.

La mirada de Annelise se paseó por los campos.

— Papá dice que el Consejo departamental se limitará a ampliar la carretera. Será menos costoso.

— ¿Significa eso que no tendrán necesidad de expro... expro...?

— ¡Expropiar! — concluyó Annelise —. No, no tendrán necesidad. Nada cambiará por ahora.

— ¡Magnífico! Podemos seguir viviendo como hasta ahora, cosa maravillosa — suspiró Puck —. Pero démonos prisa. Esa fortuna pesa lo suyo...

Y las dos alegres muchachitas echaron a correr en dirección a la granja de Iversen.

FIN